

Franz Kafka

LA METAMORFOSIS

Ilustraciones de Antonio Santos

Prólogo de Juan José Millás



«Al despertar Gregorio Samsa una mañana, tras un sueño intranquilo, se encontró en su cama convertido en un monstruoso insecto».

Tal es el abrupto comienzo, que nos sitúa de raíz bajo unas reglas distintas, de *La metamorfosis*, sin duda alguna la obra de Franz Kafka que ha alcanzado mayor celebridad. Escrito en 1912 y publicado en 1915, este relato es considerado una de las obras maestras del siglo XX por sus innegables rasgos precursores y el caudal de ideas e interpretaciones que desde siempre

ha suscitado. Completan este volumen los relatos «Un artista del hambre» y «Un artista del trapecio».



Franz Kafka

**La
metamorfosis
(Ilustrado)**

ePub r1.0

Titivillus 27.06.16

Título original: *Die Verwandlung*

Franz Kafka, 1915

Traducción: Isabel Hernández

Ilustraciones: Antonio Santos

Epílogo: Isabel Hernández

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en espapdf.com

MAMÍFEROS E INSECTOS

James Joyce, con *Ulises*, y Franz Kafka, con *La metamorfosis*, se encuentran en los dos extremos de un arco en cuya curva cabe casi toda la literatura que se ha escrito a lo largo del siglo XX. Tratándose por otra parte de dos de las novelas que mejor lo han contado, llama la atención que sean tan distintas. *Ulises* es un libro complejo y de apariencia complicada al mismo tiempo: un artefacto literario lleno de

palancas y botones y luces y compartimentos que sólo se deja conducir por lectores muy experimentados. Además, es una novela larga. *La metamorfosis*, en cambio, que no tendrá más allá de 60 o 70 folios, es a primera vista un relato sencillísimo, sin dificultades formales visibles, en el que podría penetrar un adolescente cuya biografía lectora acabase de comenzar. La del irlandés es de 1922; la del checo, de 1915. Contemporáneas del todo, en fin. Por eso constituyen también dos modos de aproximarse a la realidad, tanto como a la literatura, y por eso cada una, en su registro, continúa siendo un misterio.

Pero hay misterios y misterios. De la novela de Joyce no extraña, cuando uno se aproxima a ella, que se trate de una obra importantísima, pues todos los detalles que la rodean dan cuenta de esa categoría, desde la textura de página de sus primeras líneas al significado de la disposición capitular, pasando por la referencia histórica a que hace alusión su título (nada menos que la *Odisea*). Hay cosas, en fin, que hablan por sí mismas. Si uno se encuentra junto a un águila no será preciso que ningún experto le señale la increíble funcionalidad de la curvatura de su pico, la impecable disposición de sus alas, el poder de sus garras... El águila, como el

Ulises, sobrecoge al primer golpe de vista. Un mosquito, sin embargo, apenas llama la atención de nadie y, créanme, se trata de un artefacto biológico de una perfección turbadora. Parece mentira que en tan poco espacio quepa tanto cerebro, tantas prestaciones, tal cantidad de ingenio.

Trabé contacto con *Ulises* en mis años de estudiante universitario, en la Complutense de Madrid. Uno de los salvoconductos para ingresar en los círculos literarios de la época era desde luego haber leído esta obra de Joyce (curiosamente entonces no se citaba *Dublineses*, un libro de cuentos memorable), que circulaba en una

edición argentina cuyas dimensiones eran aproximadamente las de una catedral. Uno no podía evitar participar de los sobrecogimientos de su época, de manera que recuerdo perfectamente cómo me conmovió introducirme en los intersticios de aquel monumento verbal y vivir, junto a Leopold Bloom y Stephen Dedalus, un 16 de junio de 1904 en las calles de Dublín.

Sólo tenía una cosa molesta aquella visita: la sensación de que se trataba de un recorrido organizado para turistas. Quizá no para turistas exactamente japoneses, pero para turistas al fin. Uno sentía a su lado, rozándole el cuello, mientras leía la novela, el aliento de los

adoradores de Joyce (de esta obra de Joyce, para ser exactos) y se preguntaba con angustia si algún día podría penetrar en ese libro solo, recorrerlo solo, perderse sólo por sus páginas... Más aún, enseguida empezaron a recomendarnos guías turísticas para entenderla mejor. De manera que estabas obligado a visitarla no ya en grupo, sino con un manual en donde te iban explicando a pie de página el significado de cada capítulo. Uno no tiene nada contra las guías de lectura ni contra los amigos ni contra las catedrales ni siquiera contra los turistas, sean japoneses o no. Por otra parte el *Ulises* era, efectivamente, una novela

magistral, sobrecogedora en todos los sentidos que quepa imaginar y también en los que no cabe imaginar. Pero uno acababa de salir de la adolescencia y todavía no estaba acostumbrado a viajar en grupo. Uno era muy dado, en fin, a los placeres solitarios, incluso a los pecados solitarios, y acababa de leer por casualidad una novela corta, quizá un cuento largo, de un escritor checo, un tal Kafka, en el que se podía entrar sin ir en grupo, un libro que no necesitaba guía porque todos sus ángulos, en apariencia al menos, estaban perfectamente iluminados. *La metamorfosis*, en cierto modo, era lo contrario de lo que representaba *Ulises*: corta, simple, muy

manejable (cabía en el bolsillo de atrás de un pantalón vaquero tratándose también de una edición argentina), sin referencias cultas visibles que le atosigaran a uno. Y la había leído un día del mes de agosto de 1964 que nada tendría que envidiar al 16 de junio de 1904.

Me sorprendió que nadie, en los círculos que frecuentábamos entonces, hablara de esta novela, pero por otra parte, me decía, ¿puede tratarse de una obra maestra acumulando tantas características que la alejan del modelo vigente, el *Ulises*? Pues a las diferencias citadas todavía era preciso añadir una más: contaba la historia de

alguien que se transforma en insecto. ¿No sería, pues, una novela fantástica apta para jóvenes que se iniciaban en la lectura, pero no para un verdadero *gourmet* literario? No me atreví, pues, a recomendarla a aquellos temperamentos sesudos con los que discutía cada día de cine, literatura y teología, pues éramos expertos en todo, no tanto por la suficiencia característica de esa edad como por las carencias de la época que nos tocó vivir.

Un día, no obstante, en un momento de debilidad me atreví a hablar de *La metamorfosis* a uno de los lugartenientes del grupo con el que había llegado a trabar cierta intimidad. Recuerdo que

me miró con cierta condescendencia y me dijo lo que ya me temía oír:

—Es una buena novela juvenil.

Maldije mis gustos literarios, pero continué visitando y revisitando *La metamorfosis* en la intimidad, mientras continuaba acudiendo en grupo a las expediciones organizadas para visitar el *Ulises* (o la catedral). Tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera entrar en la novela de Joyce sin la impresión de estar en medio de un grupo de turistas japoneses (que tenían los rostros de mis compañeros de facultad, curiosamente), y sin que un listo (chino y prochino, si pensamos en la época) me explicara al oído por qué llevaba

Leopold Bloom una patata en el bolsillo. Por fortuna, cuando esto sucedió yo ya no tenía ningún complejo en reconocer a *La metamorfosis* como una de las grandes novelas del siglo XX. Ni al *Ulises*, desde luego, aunque la distinta consideración de que gozaban en los medios entendidos de la época me ayudó a comprender algunas cosas que luego me fueron más útiles para la vida que para la literatura.

Una vez perdido el pudor, me entregué sin culpa también a la lectura de Kafka, de todo Kafka, aunque cuando tenía un rato volvía a *La metamorfosis*, que era el lugar del crimen, por decirlo de un modo rápido. Y regresaba, lo

mismo que el criminal, para preguntarme cómo había sido posible la ejecución de aquella obra (después de todo, leerla es una forma de escribirla). No importa cuántas veces penetre uno en este libro; al final siempre se pregunta lo mismo: ¿Cómo lo ha hecho? Y es que se trata de una novela sin forro. Quiero decir con ello que le das la vuelta y es exactamente igual por un lado que por otro: ni siquiera es fácil advertir, una vez colocada del revés, esa fina cicatriz que en los calcetines delata si se encuentran de uno u otro lado. No hay forma de verle las costuras. Y nosotros, qué le vamos a hacer, estamos educados para hablar de las costuras. Gran parte

de la crítica literaria consiste en un ejercicio de retórica sobre las costuras. Sin ellas, los estudiosos de este o de aquel autor se habrían quedado sin trabajo, o sin becas. Pues bien, en esta novela no hay cicatrices por las que perderse, o por las que introducir el dedo en la llaga. Si tratas de abrirla para verle el mecanismo te la cargas porque la caja que la contiene y la maquinaria son la misma cosa. Nos gustaría decir que es una pieza de relojería, pero tampoco sería cierto. Los relojes fascinan por el ritmo de las ruedas dentadas que transmiten el movimiento de un lado a otro del artefacto. Pero aquí tampoco hay ruedas

dentadas, casi no hay artefacto. Si me apuran, no hay ni movimiento. La simpleza aparente del relato es tal que si uno va levantando capas de materiales narrativos en busca del motor primordial, cuando levanta el último velo no hay nada detrás. Nada. En eso, curiosamente, *La metamorfosis* nos recuerda a la vida.

Hay un libro pequeño, muy interesante, que puede ayudar a comprender lo que digo: *Dios y la ciencia*, de Jean Guiton. En él, dos reputados astrofísicos, Grichka e Igor Bogdanov, desnudan, en compañía de Guiton, la realidad quitándole un velo en cada capítulo. Los tres, alrededor de una

mesa camilla o un mueble parecido, introducen sus bisturíes verbales en las costuras de la realidad sin llegar a dañarla, con una precisión asombrosa, como un buen abridor de ostras, yendo de la piel al tejido muscular, y de éste a los cartílagos para profundizar luego en las vísceras, alcanzando así la célula, el átomo, el quark... Lo raro es que detrás del último velo no hay nada, o en todo caso, hay sólo interacciones. De este modo, qué quieren que les diga, no hay forma de hacer crítica literaria, casi no hay manera de hacer existencialismo. De ahí que Guiton, cuando le preguntan por su confesada religiosidad, responda que ésta se debe a que prefiere el misterio al

absurdo. Parece que las alternativas se quedan ahí. Luego, algunos obispos se han apropiado de esta frase brillante, pero en sus bocas parece una blasfemia, la verdad, no ya porque no alcanza el mismo significado, sino porque ni siquiera alcanza la misma falta de significado.

No deja de ser curioso que nos hayamos acordado de la frase del pensador francés hablando de Kafka, calificado generalmente como el novelista del absurdo. Quizá todo se deba a un malentendido de colosales dimensiones: no hay más que leer el libro de Gustav Janouch, *Conversaciones con Kafka*, para darse

cuenta de que era un hombre bastante religioso en el sentido más real (que coincide con el etimológico). «Para mí —dice Janouch— el autor de *La metamorfosis*, *El proceso*, *Un médico rural*, *En la colonia penitenciaria* y las *Cartas a Milena*, obras que conozco, es el anunciador de una responsabilidad ética consecuente para con todos los seres vivos; un hombre en cuya existencia aparentemente rutinaria de funcionario sometido a las ordenanzas del Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo de Praga ardía la llama crepitante de la nostalgia omniabarcadora de Dios y de la verdad propia de los más grandes profetas

judíos». Y concluye: «Franz Kafka es para mí uno de los últimos (y, quizá por su misma proximidad, uno de los más grandes) anunciadores de fe y de sentido con que cuenta la humanidad».

Llama la atención que aparezca el término «sentido» hablando de Kafka, de cuyo apellido procede el adjetivo kafkiano, que se utiliza como sinónimo de absurdo, ilógico, disparatado. No es la única de las contradicciones que aquejan al autor de *La metamorfosis*, que para mucha gente pasa por ser un escritor sombrío, triste, melancólico. En efecto, uno corre el peligro de leerlo de este modo, sobre todo en la juventud. Sin embargo, ya en los primeros

encuentros con su obra, especialmente con *La metamorfosis*, y si uno está atento, puede detectar también un registro humorístico que sólo una concepción demasiado severa de la literatura impediría detectar. Varios lectores de Kafka han llegado a afirmar de él que se trata de un humorista, entre ellos ninguno, en mi opinión, tan autorizado como Cabrera Infante. Debo confesar que para mí fue un respiro encontrar esa afirmación que sin embargo no llegaba a satisfacerme del todo por lo que había en ella de incompleta.

Y es que, si no hay duda de que *La metamorfosis* puede ser calificada

desde algún punto de vista como una novela de humor, también, y simultáneamente, nos parece una novela de terror. Quizá en esta mezcla reside su acierto. A partir de su lectura uno comprende que el terror sin la risa, o viceversa, es puro género, y el género, ya lo sabemos, es una enfermedad que a veces le sale a la literatura. Cuando al atravesar las páginas de un libro el lector duda de si debe reír o llorar, excitarse o calmarse, padecer o gozar, porque no hay notas a pie de página, ni guías turísticos que lo indiquen, es cuando uno puede tener la seguridad de encontrarse frente a una verdadera obra de arte en cuyo interior de nada sirven

los recursos morales o estéticos prefabricados. Pese a ello, como decíamos antes, *La metamorfosis* puede ser leída, y seguramente comprendida, por un lector no experimentado, por un adolescente que apenas haya comenzado a construir su biografía lectora. ¿Se puede dar más en tan poco espacio?

Así pues, el que parecía el autor del absurdo se nos revela de súbito como el escritor del sentido. Y el libro que se nos venía presentando como una novela de terror deviene ahora en un relato de humor. Lo curioso es que todo ello, referido a *La metamorfosis*, es rigurosamente cierto. Más aún: tratándose de una novela fantástica, *La*

metamorfosis es al mismo tiempo sorprendentemente realista. Tampoco es de extrañar, después de todas estas contradicciones, que sin dejar de ser uno de los relatos más sencillos de su siglo sea también el más complejo.

Personalmente, si tuviera que repasar las habitaciones en las que he vivido, no podría dejar de mencionar la de Gregorio Samsa. Y no se trata de una afirmación retórica. Es tal el grado de realidad exudado por ese espacio fantástico, que, tras cerrar el libro, permanece en la memoria como un acontecimiento que le hubiera sucedido al mismísimo lector. Uno, pues, ha sido Gregorio Samsa, y se ha despertado un

día convertido en un monstruoso insecto. Uno recuerda la puerta de madera a través de la que intentaba comunicarse con su familia y no ha podido olvidar la mutación de su voz cuando intentaba tranquilizar a su madre, que le llamaba desde el otro lado. A veces, en la cama, evoco sin esfuerzo el instante en el que descubrí que, gracias a una sustancia pegajosa segregada por mis patas, podía trepar por las paredes y permanecer durante horas en el techo, boca abajo, encontrándome, pese a la postura, más a gusto que en el suelo.

La metamorfosis, en fin, se incorpora a la propia biografía con una facilidad sorprendente para tratarse de

una historia disparatada: la de un hombre que se transforma en un insecto. Con el paso del tiempo, si uno conserva el grado de ingenuidad preciso para no convertirse en algo peor (un contribuyente, pongamos por caso), tiene que reconocer que lo que le sucede a Gregorio Samsa es bastante normal, aunque no seamos capaces de explicarlo.

Pero las sorpresas no terminan en esa constatación. Hace algunos años, cuando mis amigos de la facultad y yo mismo nos despertamos convertidos en unos contribuyentes adultos, dotados de cabeza, tórax y abdomen, coincidí en la calle con aquel compañero para el que

La metamorfosis no pasaba de ser, frente al *Ulises*, una obra juvenil estimable. Comimos juntos y en algún momento le recordé su juicio sobre la obra de Kafka. Entonces me aseguró que había cambiado de opinión. Se trataba de una novela importante, desde luego, pero muy mal leída, por lo general.

—Todo el mundo —añadió— se identifica con el insecto. Prueba a leerla desde el punto de vista de los padres de Samsa, de su hermana, de su jefe, ya verás qué curioso.

Corrí a casa, busqué mi edición favorita y me puse a leer la novela de ese modo esperando encontrar algo que no había visto hasta entonces: quizá una

original interpretación de la lucha de clases, una explicación económica de la angustia, una revelación teológica... Lo sorprendente es que contemplada desde la perspectiva que me había aconsejado mi amigo la novela era idéntica a como la había leído yo hasta el momento. Todos los personajes se transformaban en escarabajos, en fin, aunque en escarabajos de distintas familias. Es preciso tener en cuenta que hay más de 30 000 especies distintas de esta clase de insecto y que no todos están dotados de idénticos apéndices ni del mismo aparato respiratorio. Los hay ciegos, videntes, terrestres, acuáticos, grandes, pequeños, sociales, solitarios, calvos,

hirsutos, crueles, pasivos, caníbales... De hecho, uno de los momentos más impresionantes de la novela es cuando, después de la muerte del insecto, los padres y la hermana de Gregorio salen a pasear liberados al fin de aquella carga, y el señor y la señora Samsa hablan, en el tranvía, de la posibilidad de *mudar* de casa. El lector tiene en ese instante la impresión de que en realidad se refieren al proceso biológico por medio del que algunos organismos cambian de piel o de pelaje. Más aún: de súbito, «Mientras conversaban así, el señor y la señora Samsa, viendo a su hija cada día más llena de vida, se dieron cuenta casi a la vez de cómo en esos últimos

tiempos, a pesar de todos los sufrimientos que habían hecho palidecer sus mejillas, se había convertido en una joven lozana y hermosa. [...] Y cuando la hija, al final del trayecto, se levantó la primera y estiró su joven cuerpo, vieron en ello una confirmación de sus nuevos sueños y de sus buenas intenciones».

Cabría preguntarse, pues, al leer estas líneas con las que termina la novela, si su título, *La metamorfosis*, se refiere a la transformación sufrida por Gregorio Samsa o por su hermana, pues no sabríamos decir cuál es más espectacular. En cualquier caso, una cosa es cierta: que el relato es idéntico

tanto si lo tomas por el final como por el principio, por delante como por detrás. Ésa es una de las razones de su aparente simplicidad. Podríamos compararlo, puesto que de insectos estamos hablando, con la larva de uno de estos animales: con un gusano, que es el ser más simple de la naturaleza. En cierto modo, un gusano es lo más parecido a un calcetín y por lo tanto resulta idéntico desde cualquier punto de vista que te acerques a él. Incluso si le das la vuelta. Sin embargo, los científicos están cada vez más volcados en este ser tan simple, porque han llegado a la conclusión, no ya de que quizá sea el más complejo, sino de que ese artefacto biológico tan

sencillo está lleno de genes que también tenemos nosotros, los artefactos biológicos complicados. No sé si algún estudioso se ha puesto a investigar cuántos genes comparte el *Ulises* con *La metamorfosis*, pero sería interesante averiguar si entre la simpleza de un escarabajo como Samsa y la complejidad de un mamífero como Bloom hay más puntos en común de los que se aprecian a simple vista.

Después de las consideraciones anteriores, a nadie extrañará que uno tuviera la ambición de escribir *La metamorfosis*. Y no es un modo de hablar: no quiero decir que me habría gustado escribir algo cuyo modelo fuera

el libro de Kafka, sino que, como Pierre Menard, el autor del Quijote, lo que a mí me apetecía era escribir *La metamorfosis* que ya había escrito previamente Kafka. Y estuve a punto de lograrlo, pero al final me arrepentí. La idea, en parte, me vino a la cabeza tras la conversación con aquel amigo que me había aconsejado leerla desde el punto de vista de los padres. Entonces, imaginé una novela en la que un matrimonio lee al mismo tiempo el relato de Kafka, pero cada uno desde un punto de vista diferente. La mujer se coloca en la posición del insecto, mientras que el marido adopta la postura de su familia. A medida que progresan a

través del relato, cada uno va sufriendo una transformación, como si el libro fuera un capullo en el que se encierran para atravesar las fases de pupa, crisálida y mariposa. La acción de mi novela se alternaría con la reproducción textual de los pasajes de la de Kafka leídos por mis personajes. Dado que ellos la leerían entera, finalmente mi novela contendría también toda *La metamorfosis*. La idea era atractiva, pero algo parásita, de manera que sólo me atreví a llevarla a cabo de un modo muy parcial en mi novela *La soledad era esto*, donde se cuenta el proceso de metamorfosis de una mujer que descubre a su marido leyendo *La metamorfosis*

desde el punto de vista de los padres del insecto.

En cualquier caso, una vez que uno lee este libro y tiene la suerte de engancharse a él, descubre al mismo tiempo una red semejante a la de la biodiversidad de la que curiosamente no le habían hablado en la carrera de letras. Parecería que la historia de la literatura sólo estaría compuesta de las grandes novelas (grandes en todos los sentidos), del mismo modo que las ciencias naturales sólo se fijaban hasta hace poco en los grandes mamíferos. El prestigio de la entomología es relativamente reciente. Hay, pues, toda una tradición de novela corta cuyo ADN (la molécula

básica con la que se genera la vida) adopta las formas más variadas que quepa imaginar. Pero no todo el mundo es consciente de la red que forman estos libros. De hecho, mucha de la gente que conoce las grandes obras que surcan el océano de la literatura jamás ha oído hablar de *La muerte de Iván Illich*, por ejemplo, una brevísima novela de Tolstói dotada de una sencillez aparente escandalosa. Nos hemos referido a Tolstói, pero podríamos citar también a Chéjov, Melville, James, Rulfo, Hemingway, Borges, Felisberto Hernández, Capote, Salinger, Antonio di Benedetto, etc. Todos ellos, y muchos más, han escrito piezas cortas y

«simples» con las que se podría hacer una historia paralela de la literatura. En realidad, está por hacer, lo que no deja de ser raro si se tiene en cuenta que vivimos en un mundo en el que todo, especialmente los libros, se vuelve conocimiento arqueológico antes casi de aparecer como conocimiento vivo. En esto, como en tantas cosas, Kafka tuvo una intuición genial, porque el único animal de la naturaleza en el que no se puede practicar la perversión arqueológica, pese a ser el más antiguo, es sin duda el insecto. La cucaracha tiene 5000 millones de años de existencia, y en todo este tiempo no ha necesitado añadirse ni quitarse nada

porque su éxito biológico radica en su aparente sencillez. Los mamíferos, sin embargo, siendo mucho más jóvenes, hemos tenido una evolución complicadísima en busca de un perfeccionamiento que no acabamos de alcanzar. Hay siglos en los que nos sobra la vesícula y milenios en los que no necesitamos para nada la muela del juicio. Por eso se puede practicar en nosotros la arqueología: porque estamos repletos de zonas necrosadas como el cerebro del reptil o el rabo del mono. Fíjense en las perversiones que se llevan a cabo con las grandes obras (dibujos animados, superproducciones cinematográficas, ediciones abreviadas,

lecturas condensadas) hasta que quedan sepultadas bajo tantos productos y pies de página que rescatar la obra original para leerla ingenuamente es más costoso que reconstruir una ciudad romana en cuya excavación se hubieran utilizado tractores. En ese sentido, *La metamorfosis*, de Kafka, no constituye sólo una gran conquista literaria, sino un verdadero suceso genético. Funciona hoy con la misma eficacia de ayer sin necesidad de tocarle una coma, como esos escarabajos que son idénticos a sí mismos desde hace siglos. De ahí que no haya series de dibujos animados sobre la novela de Kafka, o que no abunden tampoco las ediciones críticas, ni

condensadas, ni abreviadas ni anotadas ni maltratadas en general. Tampoco sabemos de ningún ejecutivo hollywoodiense al que se le haya ocurrido llevarla al cine en pantalla panorámica: cada cosa en su sitio, en fin.

Sabido es que los insectos abandonan sus larvas en lugares donde tengan asegurado el sustento cuando salen del huevo. El cerebro de Kafka reunía los requisitos nutritivos necesarios para que la metamorfosis de Gregorio Samsa, el personaje que mejor explica el siglo XX, llegara a buen puerto. De todos modos, no fue un proceso corto, ni sencillo, como la

aparición del relato podría hacer creer. En la correspondencia de Kafka, diez años antes de que apareciera *La metamorfosis*, ya anuncia que quiere escribir un cuento sobre un insecto. Su novela no es un cuento sobre un insecto, desde luego, pero los procesos de creación son con frecuencia así de complicados: uno cree que va a escribir sobre un insecto cuando lo que en el fondo pretende es escribir un tratado de antropología. Un personaje de Sabato afirma en *Sobre héroes y tumbas* que Madame Curie no era genial, sino que tuvo la suerte de salir a cazar tigres y encontrarse con un elefante. No compartimos su opinión: la genialidad

consiste en rectificar a tiempo. Si uno anda persiguiendo una sinécdoque y le sale al paso una metonimia estimable, no va a despreciarla simplemente porque no estaba en el programa. Kafka salió a cazar un insecto, pero enseguida se dio cuenta de que lo que perseguía era otra cosa. De hecho, uno de sus temores recurrentes, cuando el libro estaba a punto de ser publicado, era que a los editores se les ocurriera poner en la portada un escarabajo.

La metamorfosis tuvo, pues, un proceso de cocción muy largo. La larva depositada por la Literatura (ese raro animal intangible) en el cerebro de Kafka fue absorbiendo con lentitud las

sustancias que le convenían para ir construyéndose línea a línea, página a página, durante dos lustros. ¿Qué hacía Kafka para colaborar a que la pupa se convirtiera en crisálida y la crisálida en gusano?: meditaba.

Dice Maurice Blanchot que aunque Kafka sólo quiso ser escritor, en su *Diario íntimo* se revela como algo más, de modo que una vez leído este diario, «es a él al que buscamos en su obra». Y añade: «Esa obra forma los restos dispersos de una existencia que aquélla nos ayuda a comprender, testigo inapreciable de un destino excepcional que, sin ella, habría permanecido invisible». De acuerdo: una vez leída *La*

metamorfosis, resulta imposible no interesarse por la mano de la que salió. Hay momentos de la vida de un escritor que los lectores apreciamos tanto como algunas de sus obras. De la biografía de Conan Doyle uno recuerda, por ejemplo, las horas muertas que pasaba en su consulta de médico, asomado melancólicamente a la ventana, mientras el láudano le ayudaba a ensimismarse para buscar dentro de sí las obras que aún no había escrito. De hecho, aunque parecía observar los movimientos de la calle, asistía en realidad a un curioso fenómeno, situado en la frontera que separa lo meramente biológico de lo mental, y que discurría en el interior de

su cabeza, donde Sherlock Holmes pasaba de la condición de embrión a la de feto y desde ésta a la de individuo normalmente constituido, tal como aparece ya en las páginas de sus novelas. Las horas muertas de los escritores son muy vivas. Gracias al ya citado Gustav Janouch, cuyo padre fue compañero de trabajo de Kafka en el Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo de Praga, hemos podido conocer la oficina en la que el autor de *La metamorfosis* se ensimismaba sin necesidad de recurrir al láudano (la predisposición a la tuberculosis produce vapores tan eficaces como el opio). La oficina que describe Janouch nos

recuerda la habitación contigua a la de Gregorio Samsa, desde la que la familia del insecto vigila su evolución. Pero lo importante, en todo caso, es que aquella oficina (quizá cercana a la de *Bartleby, el escribiente*, de Melville) parecía reunir, al igual que la consulta de Conan Doyle, las condiciones necesarias para lograr el grado de ensimismamiento silencioso característico del interior de un huevo fecundado. Quizá en las *horas muertas* de esa oficina anidó en la cabeza de Kafka la larva de Gregorio Samsa, que con el tiempo se transformaría en el libro que ahora conocemos. Lo extraordinario es que cada vez que esa novela se lee, el

insecto que la protagoniza anida en la cabeza del lector de tal modo que ya no deja de crecer dentro de nosotros. Se pueden olvidar otros libros, incluso otros libros que no tendríamos inconveniente en reconocer como más importantes, pero nadie que haya tenido en sus manos *La metamorfosis* puede olvidarla, pues es uno de esos curiosos relatos por los que el lector es leído (o devorado) al tiempo que lo devora (o que lo lee).

Juan José Millás





LA METAMORFOSIS

I

Una mañana, tras despertar de un sueño intranquilo, Gregor Samsa se vio en su cama transformado en un monstruoso bicho. Yacía boca arriba, sobre la espalda dura, parecida a un caparazón, y, si levantaba un poco la cabeza, se veía el vientre, curvo, pardo, dividido en hendiduras con forma de arco, sobre cuya elevación la colcha, a punto de deslizarse al suelo, apenas podía sostenerse. Sus muchas patas, ridículamente delgadas en comparación con su tamaño normal, se agitaban

desamparadas ante sus ojos.

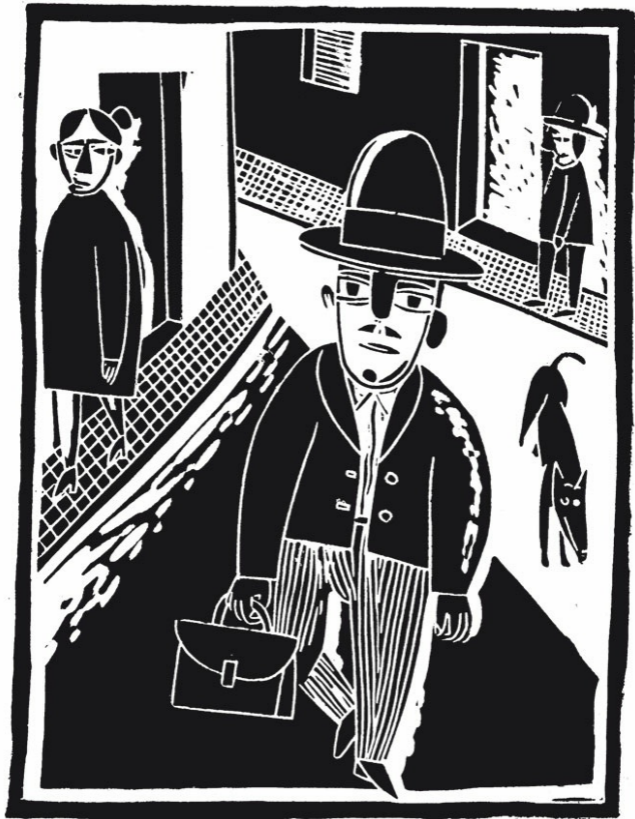
«¿Qué me ha pasado?», pensó. No era un sueño. Su cuarto, un auténtico cuarto humano, si bien algo pequeño, seguía tranquilo entre las cuatro paredes harto conocidas. Por encima de la mesa, en la que había extendido un muestrario de tejidos (Samsa era representante), colgaba un cuadro que había recortado hacía poco de una revista ilustrada y colocado en un bonito marco dorado. Representaba a una dama que, ataviada con un gorro y una boa de piel, se sentaba muy erguida y levantaba hacia aquel que la observaba un pesado manguito de piel, en el que había desaparecido todo su antebrazo.

La mirada de Gregor se dirigió entonces hacia la ventana, y el tiempo nublado (se oía el sonido de las gotas de lluvia al caer sobre la chapa del alféizar) lo llenó de melancolía. «¿Qué pasaría si siguiera durmiendo un poco y me olvidara de todas estas locuras?», pensó, pero eso era algo absolutamente imposible, porque estaba acostumbrado a dormir del lado derecho y, en su estado actual, no podía ponerse en esa posición. Por mucha fuerza que emplease para echarse del lado derecho, siempre se balanceaba y volvía a quedarse de espaldas. Lo intentó unas cien veces, cerrando los ojos para evitar ver cómo se le agitaban las patas, y no

cejó en su empeño hasta que empezó a notar en un costado un dolor leve, sofocado, que jamás antes había sentido.

«¡Ay, Dios! —pensó—. ¡Qué profesión tan dura he escogido! Un día sí y otro también de viaje. Las tensiones laborales son mucho mayores que en la propia sede del negocio, y además me han endosado ese martirio de los viajes, la preocupación por los transbordos de trenes, la comida mala y a deshora, unas relaciones siempre cambiantes, nunca duraderas, y que jamás acaban siendo cordiales. ¡Que se vaya todo al diablo!». Sintió un ligero picor en el vientre; deslizándose lentamente sobre la espalda se acercó a la cabecera de la

cama para poder levantar mejor la cabeza; encontró el sitio que le picaba, cubierto de muchos puntitos blancos que no fue capaz de calificar, y trató de tocarse la zona con una pata, pero la retiró de inmediato, porque el roce le producía escalofríos.



Volvió a deslizarse hasta su posición inicial. «Eso de levantarse tan temprano —pensó— lo vuelve a uno tonto. El hombre tiene que dormir. Otros representantes viven como odaliscas. Si yo, por ejemplo, en algún momento de la mañana regreso a la pensión para pasar a limpio los pedidos que me han hecho, estos señores aún están desayunando. Eso podía intentar yo hacer con mi jefe, me despediría al instante. Y además, quién sabe si eso me convendría. Si no fuera por mis padres haría ya tiempo que me habría despedido, me habría plantado ante el jefe y le habría dicho sinceramente todo lo que pienso. ¡Se habría caído de la mesa! No deja de ser

curiosa esa forma de sentarse sobre la mesa y hablar desde lo alto con el empleado, que, además, tiene que acercarse mucho a él por culpa de su sordera. Bueno, la esperanza no está del todo perdida; cuando haya juntado todo el dinero para pagarle la deuda de mis padres, faltarán unos cinco o seis años, lo haré sin falta. Entonces daré el gran paso. Pero por lo pronto tengo que levantarme, porque el tren sale a las cinco».

Y miró el despertador, que hacía tictac encima del armario. «¡Dios del cielo!», pensó. Eran las seis y media y las manecillas seguían avanzando tranquilamente, ya eran incluso más de y

media, casi menos cuarto. ¿Es que el despertador no había sonado? Desde la cama se veía que estaba bien puesto a las cuatro, seguro que había sonado. Sí, pero ¿era posible haber seguido durmiendo tan tranquilo con aquel sonido que hacía temblar incluso los muebles? Bueno, tranquilo no había dormido, aunque tal vez sí más profundamente. Pero ¿qué podía hacer ahora? El siguiente tren salía a las siete; para alcanzarlo tendría que darse una prisa loca y el muestrario aún no estaba guardado, y él mismo no se sentía especialmente espabilado ni ágil. Y aunque alcanzase el tren, era imposible evitar una reprimenda del jefe, porque el

encargado le habría estado esperando en el tren de las cinco y haría ya tiempo que habría informado de su ausencia. Estaba hecho a imagen del jefe, sin dignidad ni comprensión. ¿Y si dijera que estaba enfermo? Pero eso sería sumamente comprometido y sospechoso, porque Gregor no había estado enfermo una sola vez en los cinco años que llevaba de servicio. Seguro que el jefe vendría con el médico del seguro, le reprocharía a sus padres que tuvieran un hijo tan vago y no permitiría una sola objeción, remitiéndose a las indicaciones del médico, para el que no hay más que gente sana con aversión al trabajo. Y, en ese caso, ¿no tendría tal

vez algo de razón? De hecho, a excepción de una leve modorra, realmente insignificante tras el largo sueño, se sentía muy bien e incluso tenía mucha hambre.

Mientras pensaba rápidamente en todo esto, incapaz de decidirse a abandonar la cama (el despertador marcaba en ese mismo instante las siete menos cuarto), llamaron suavemente a la puerta situada junto a la cabecera de su lecho.

—Gregor —dijeron (era la madre) —, son las siete menos cuarto. ¿No ibas a marcharte?

¡Aquella dulce voz! Gregor se estremeció al escuchar la suya al

responder, que ciertamente, aunque irreconocible, era la misma de siempre, pero con la cual, como viniendo de más abajo, se mezclaba un doloroso silbido, imposible de reprimir, y que, sólo en un primer momento, dejaba salir las palabras tal cual con toda su claridad para acabar destrozándolas hasta el punto de que uno no sabía si había oído bien. A Gregor le habría gustado responder y explicarlo todo detalladamente, pero, dadas las circunstancias, se limitó a decir:

—Sí, sí, gracias, madre, ya me levanto.

Es probable que la transformación de la voz de Gregor no se notara a

través de la puerta de madera, pues la madre se quedó satisfecha con esa explicación y se marchó de allí. Pero con la breve conversación los otros miembros de la familia se habían dado cuenta de que Gregor, en contra de lo esperado, estaba aún en casa, y el padre llamaba ya suavemente, aunque con el puño, a una de las puertas laterales.

—Gregor, Gregor —exclamó—, ¿qué es lo que pasa? —y un ratito después volvía a advertirle con voz más grave—: ¡Gregor! ¡Gregor!

Pero en la otra puerta lateral la hermana se lamentaba en voz baja:

—Gregor, ¿no estás bien?
¿Necesitas algo?

Gregor respondió hacia ambos lados:

—Ya estoy listo —y, pronunciando con sumo cuidado y haciendo largas pausas entre cada palabra, se esforzó por quitarle a su voz todo lo que pudiera resultar llamativo.

El padre volvió también a su desayuno, pero la hermana susurró:

—Gregor, abre, te lo ruego.

Pero Gregor no pensaba en abrir, sino que se congratuló de la precaución que había adquirido en los viajes de cerrar de noche todas las puertas, también en casa.

Lo primero que iba a hacer era levantarse tranquilamente, sin que lo

molestaran, vestirse y, sobre todo, desayunar, y sólo entonces pensaría qué hacer después, porque, y de eso se daba buena cuenta, allí tumbado no llegaría con sus cavilaciones a ninguna conclusión sensata. Recordaba haber sentido ya otras veces en la cama algún leve dolor, provocado tal vez por una mala postura, que luego, al levantarse, se había revelado como un simple fruto de su imaginación, y sentía curiosidad por ver cómo se disiparían sus fantasías de hoy. No dudaba ni lo más mínimo de que el cambio de su voz no se debía a otra cosa más que a un síntoma previo a un buen resfriado, una enfermedad laboral de los representantes.

Tirar la colcha fue muy sencillo; sólo tuvo que inspirar un poco y se cayó sola. Pero lo demás resultaba difícil, sobre todo porque era descomunadamente ancho. Habría necesitado brazos y piernas para incorporarse, pero, en lugar de eso, no tenía más que las muchas patitas que no paraban de hacer los más diversos movimientos y que, además, no podía dominar. Cada vez que quería doblar una, lo primero que hacía era estirarse y, si al final conseguía hacer con esa pierna lo que se proponía, todas las demás se habían puesto entretanto a trabajar, como liberadas, sumidas en una agitación enorme y dolorosa. «Lo único, no quedarse aquí tumbado sin hacer

nada», se dijo Gregor.

Intentó primero salir de la cama con la parte inferior de su cuerpo, pero esta parte inferior que, por cierto, no había visto todavía y de la que no podía aún hacerse una idea clara, resultó ser muy difícil de mover; iba muy despacio y cuando, finalmente, a punto de enloquecer, se lanzó sin contemplaciones hacia delante con todas sus fuerzas, calculó mal la dirección y se dio un buen golpe contra los pies de la cama, y el punzante dolor que sintió le enseñó que, en ese momento, la parte inferior de su cuerpo era tal vez la más sensible.





Por eso intentó primero sacar de la cama la parte superior del cuerpo y, con cuidado, volvió la cabeza hacia el borde. Esto también resultó fácil y, a pesar de su anchura y de su peso, la masa de su cuerpo acabó secundando lentamente el giro de la cabeza. Pero cuando por fin tuvo la cabeza al aire por fuera de la cama, le entró miedo de seguir avanzando de ese modo, porque si al final se dejaba caer en esa posición, tendría que ocurrir un milagro para no herirse la cabeza. Y justo ahora no podía perder el sentido por nada del mundo; prefería quedarse en la cama.

Pero como, jadeando después de

semejante esfuerzo, volvía a estar en la misma posición de antes y volvía a ver sus piernecitas luchando unas con otras, si cabe aún con mayor ardor, sin entrever posibilidad alguna de poner orden y sosiego en aquel desbarajuste, volvió a decirse que no podía seguir en la cama de ninguna manera y que lo más razonable sería sacrificarlo todo, aunque no hubiera más que una mínima posibilidad de conseguir librarse de ella. Pero no se olvidaba de recordar entretanto que la reflexión pausada, muy pausada, era mejor que las decisiones desesperadas. En esos momentos dirigía una mirada lo más penetrante posible hacia la ventana, pero la visión de la

niebla matinal, que incluso ocultaba el otro lado de la estrecha calle, no le daban ni mucha confianza ni mucho ánimo. «Ya las siete —se dijo al volver a oír el despertador—, ya las siete y todavía esta niebla». Y durante un ratito se quedó tranquilo, respirando relajadamente, como si del silencio absoluto pudiera esperar el regreso de las circunstancias reales y evidentes.

Pero luego se dijo: «Antes de que den las siete y cuarto tengo que haberme levantado del todo. Para entonces ya habrá venido alguien de la empresa para preguntar por mí, porque la empresa se abre antes de las siete». Y a continuación, con total regularidad, se

puso a balancear el cuerpo en toda su longitud para salir de la cama. Si se dejaba caer de esa forma, la cabeza, que pretendía levantar mucho en la caída, probablemente no sufriría ninguna herida. La espalda parecía dura, seguro que no le sucedía nada al caer en la alfombra. La cuestión más peliaguda era cómo tener cuidado con el fuerte estrépito que se produciría y que probablemente, si no miedo, sí que provocaría preocupación detrás de todas las puertas. Pero había que intentarlo.

Cuando la mitad de Gregor sobresalía ya de la cama (el nuevo método era más un juego que un esfuerzo, sólo tenía que irse

balanceando a empujones), se le vino a la cabeza lo sencillo que sería si vinieran a ayudarlo. Dos personas fuertes (pensaba en su padre y en la criada) habrían sido suficientes; no habrían tenido más que deslizar sus brazos por debajo de su abombada espalda, despegarlo así de la cama, agacharse con el peso y luego simplemente, con mucho cuidado, dejar que completara el salto al suelo, donde entonces era de esperar que las patitas desempeñaran su función. No obstante, y dejando al margen el hecho de que las puertas estaban cerradas, ¿de verdad habría tenido que pedir ayuda? A pesar de sus muchos apuros, no pudo reprimir

una sonrisa al pensarlo.

Había llegado ya al punto en que, si se balanceaba con fuerza, apenas podía mantener el equilibrio, y pronto tendría que decidirse de una vez, porque faltaban cinco minutos para las siete y cuarto, cuando llamaron a la puerta de la casa. «Es alguien del trabajo», se dijo y casi se quedó petrificado mientras sus patitas bailaban cada vez más deprisa. Durante un momento todo siguió en calma. «No abren», se dijo Gregor, aferrado a alguna absurda esperanza. Pero entonces, por supuesto como siempre, la criada se dirigió con paso firme hacia la puerta y la abrió. Gregor sólo tuvo que oír el primer saludo del

visitante para saber quién era: el apoderado en persona. Pero ¿por qué estaba Gregor condenado a trabajar en una empresa en la que el más mínimo descuido provocaba de inmediato la mayor de las sospechas? ¿Es que todos los empleados sin excepción eran unos canallas? ¿Es que no había entre ellos un solo individuo fiel y leal que, sólo por el mero hecho de no haber aprovechado para el trabajo algunas horas matutinas, se volviera loco de remordimientos y precisamente por ello no fuera capaz de levantarse de la cama? ¿Es que de verdad no bastaba con mandar a preguntar a un aprendiz (si es que acaso era necesario preguntar)? ¿Es que tenía

que venir el apoderado en persona a demostrar a la inocente familia que la investigación de ese asunto sospechoso sólo podía confiarse a su buen juicio? Y, más como consecuencia de la excitación que le causaron estos pensamientos que de una decisión correcta, se tiró de la cama con todas sus fuerzas. Se oyó un fuerte golpe, pero no un ruido como tal. La alfombra amortiguó un poco la caída y la espalda también resultó ser más elástica de lo que Gregor había imaginado, de ahí el ruido sofocado y poco aparatoso. La cabeza era lo único que no había levantado con suficiente cuidado y se la había golpeado; la giró y la frotó en la alfombra lleno de rabia y

de dolor.

—Ahí dentro se ha caído algo — dijo el apoderado en la habitación de la izquierda.

Gregor trató de imaginarse si en alguna ocasión no podría pasarle al apoderado algo parecido a lo que hoy le estaba pasando a él; al menos habría que admitir la posibilidad. Pero a modo de ruda respuesta a tal pregunta, el apoderado dio unos pasos decididos que hicieron crujir sus botas de charol. Desde la habitación de la derecha la hermana susurró para informar a Gregor:

—Gregor, el apoderado está aquí.

—Ya lo sé —dijo Gregor para sus adentros, pero no se atrevió a levantar la

voz tanto como para que su hermana pudiera oírlo.

—Gregor —dijo entonces el padre desde la habitación de la izquierda—, el señor apoderado ha venido para preguntar por qué no has cogido el primer tren. No sabemos qué decirle. Además, quiere hablar contigo personalmente. Así que abre la puerta, por favor. El señor tendrá la bondad de disculpar el desorden de la habitación.

—Buenos días, señor Samsa —dijo el apoderado amablemente entremedias.

—No se encuentra bien —dijo la madre al apoderado mientras el padre seguía hablando junto a la puerta—, no se encuentra bien, créame, señor

apoderado. ¿Cómo iba Gregor si no a perder un tren? El chico no tiene otra cosa en la cabeza más que el trabajo. Si yo casi hasta me enfado porque no sale nunca por la noche; ahora ha estado ocho días en la ciudad, pero todas las noches se ha quedado en casa. Se sienta a la mesa con nosotros y lee tranquilamente el periódico o se estudia los horarios de los trenes. Su única distracción es hacer trabajos de marquetería. En dos o tres tardes, por ejemplo, ha tallado un marquito, se asombraría usted de lo bonito que es; está colgado en la habitación, lo verá ahora mismo cuando abra Gregor. Además, me alegro de que esté usted

aquí, señor apoderado; nosotros solos no habríamos logrado que Gregor abriera la puerta, es muy testarudo, y seguro que no se encuentra bien, aunque esta mañana decía que sí.

—Enseguida salgo —dijo Gregor lento y circunspecto, sin moverse, para no perderse ni una sola palabra de las conversaciones.

—Yo tampoco puedo explicármelo de otra forma, querida señora —dijo el apoderado—, espero que no sea nada grave. Aunque por otro lado debo decir que nosotros, los comerciantes, por desgracia o por fortuna, como se quiera, a menudo tenemos que sobreponernos sin más a algunos leves malestares por

consideración con el negocio.

—¿Puede pasar ya el apoderado? — preguntó el padre impaciente volviendo a llamar a la puerta.

—No —dijo Gregor.

En la habitación de la izquierda se hizo un bochornoso silencio, en la de la derecha la hermana empezó a sollozar.



¿Por qué no se iba la hermana con los otros? Probablemente se acababa de levantar y ni siquiera había empezado a vestirse. Y entonces, ¿por qué lloraba? ¿Porque él no se levantaba y porque no dejaba entrar al apoderado? ¿Porque corría peligro de perder el trabajo y porque entonces el jefe volvería a perseguir a sus padres con las exigencias de antes? Pero por el momento eso eran preocupaciones innecesarias. Gregor aún estaba allí y no pensaba ni por lo más remoto en abandonar a su familia. Por lo pronto yacía sobre la alfombra, y nadie que hubiera sabido de su estado le habría

exigido de verdad que dejase entrar al apoderado. Pero no podían despedir a Gregor de inmediato sólo por esa pequeña descortesía para la que luego se encontraría una disculpa apropiada. Y a Gregor le pareció que sería más razonable que lo dejaran tranquilo en lugar de molestarlo con llantos y charlas. Pero era precisamente esa incertidumbre la que apuraba a los otros y disculpaba su comportamiento.

—Señor Samsa —dijo entonces el apoderado alzando la voz—, ¿qué es lo que pasa? Está usted parapetado en su habitación, no responde más que con «sí» o «no», hace que sus padres se preocupen mucho e inútilmente y, dicho

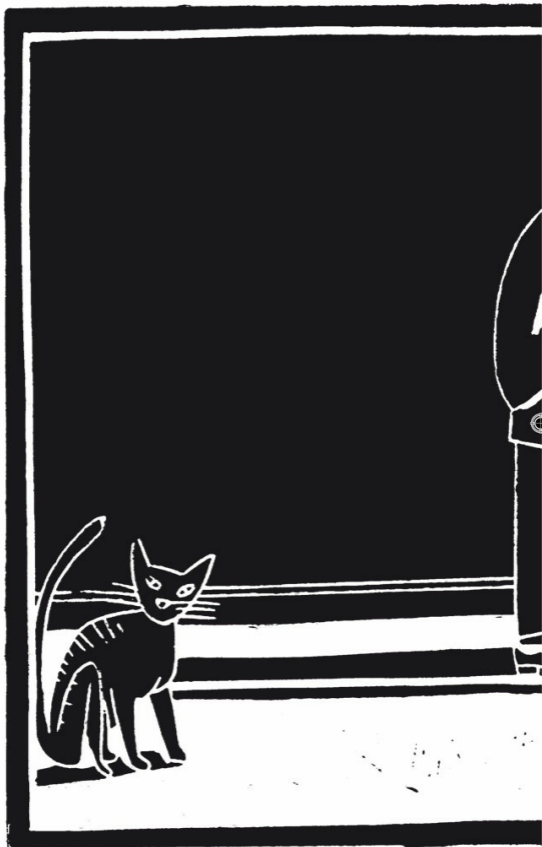
sea de paso, abandona sus obligaciones laborales de una forma verdaderamente inaudita. Hablo aquí en nombre de sus padres y de su jefe y le ruego muy seriamente que nos dé usted una explicación clara al instante. Me tiene usted atónito, atónito. Yo lo tenía por una persona tranquila y sensata, y ahora, de repente, empieza usted a hacer alarde de curiosas extravagancias. El jefe me insinuó esta mañana una posible explicación para su descuido referente al cobro que se le confió hace poco, pero créame que yo casi empecé mi palabra diciendo que esa explicación no podía ser cierta. Pero ahora, viendo esta obstinación tan incomprensible, se me

quitan todas las ganas de dar la cara por usted ni en lo más mínimo. Y su posición no es en absoluto segura. En principio tenía la intención de decirle todo esto en privado, pero ya que me está haciendo usted perder aquí el tiempo inútilmente, no sé por qué sus señores padres no habrían de enterarse también. Su rendimiento ha dejado mucho que desear últimamente; cierto que no es la época del año más adecuada para determinados negocios, eso lo reconocemos, pero lo que sí que no hay es una época para no hacer negocios, señor Samsa, eso no puede haberlo.

—Pero señor apoderado —exclamó Gregor fuera de sí olvidando con su

nerviosismo todo lo demás—, ahora mismo, enseguida le abro. Un leve malestar, un mareo, me han impedido levantarme. Todavía estoy en la cama. Pero ya me he recuperado. Ahora mismo me levanto. Sólo un momentito. ¡Paciencia! Todavía no estoy tan bien como pensaba. Pero estoy bien. ¿Cómo puede atacar a una persona algo así? Anoche estaba perfectamente bien, mis padres lo saben, o mejor dicho, ya ayer por la tarde tuve un leve presentimiento. Tendría que haberseme notado. ¿Por qué no avisé en el trabajo? Pero uno siempre piensa que superará la enfermedad sin tener que quedarse en casa. ¡Señor apoderado! ¡Tenga usted consideración

con mis padres! No hay motivo alguno para todos los reproches que me está haciendo, nadie me ha dicho nunca nada al respecto. Tal vez no ha visto usted los últimos encargos que le he enviado. Por cierto, saldré en el tren de las ocho, este par de horas de descanso me han fortalecido. No se entretenga, señor apoderado, estaré trabajando en un instante, y tenga usted la bondad de decírselo al jefe y saludarlo de mi parte.





Y mientras Gregor farfullaba todo esto precipitadamente, sin apenas saber lo que decía, se había acercado al armario, probablemente como consecuencia de la práctica que había logrado en la cama, e intentaba ahora incorporarse junto a él. En efecto quería abrir la puerta, que lo vieran de verdad y hablar con el apoderado; tenía curiosidad por saber qué dirían al verlo los otros, que tanto lo reclamaban. Si se asustaban, Gregor ya no tendría responsabilidad alguna y podría estar tranquilo. Pero si se lo tomaban todo con tranquilidad, entonces tampoco tendría motivo para ponerse nervioso y,

si se daba prisa, podría estar en efecto a las ocho en la estación. Primero se resbaló varias veces por la superficie lisa del armario, pero al final cogió un último impulso y se quedó en pie; no prestó ya atención a los dolores de la parte inferior de su cuerpo por fuertes que eran. Luego se dejó caer contra el respaldo de una silla cercana, a cuyos bordes se aferró con las patitas. Con ello, no obstante, había conseguido el dominio sobre sí mismo y se calló, porque ahora podía escuchar al apoderado.

—¿Han entendido ustedes una sola palabra? —preguntó el apoderado a los padres—. ¿No se está burlando de

nosotros?

—Por el amor de Dios —exclamó la madre entre sollozos—, a lo mejor está gravemente enfermo y lo estamos atormentando. ¡Grete! ¡Grete! —gritó entonces.

—¿Madre? —exclamó la hermana desde el otro lado. Se hablaban a través de la habitación de Gregor.

—Tienes que ir inmediatamente a buscar al médico. Gregor está enfermo. Rápido, a buscar al médico. ¿Has oído cómo hablaba Gregor?

—Era una voz de animal —dijo el apoderado en un tono llamativamente bajo en comparación con los gritos de la madre.

—¡Anna! ¡Anna! —gritó el padre desde el vestíbulo en dirección a la cocina dando palmadas al aire—. ¡Vaya a buscar rápidamente a un cerrajero!

Y las dos jóvenes ya atravesaban corriendo el vestíbulo entre el frufú de sus faldas (¿cómo podía haberse vestido la hermana tan deprisa?) y abrían la puerta de la casa de par en par. No se oyó cerrar la puerta; probablemente la habían dejado abierta, como suele hacerse en las casas en las que ha ocurrido una gran desgracia.

Pero Gregor estaba mucho más tranquilo. Así pues, ya no comprendían sus palabras, a pesar de que a él le habían parecido lo bastante claras, más

claras que antes, tal vez porque se le había acostumbrado el oído. Pero aun así creían que le pasaba algo y estaban dispuestos a ayudarlo. La confianza y la seguridad con la que se tomaron las primeras disposiciones le sentaron bien. Volvió a sentirse incluido en el círculo de los humanos y esperaba de ambos, del médico y del cerrajero, sin distinguirlos con toda claridad, magníficos y sorprendentes resultados. A fin de tener una voz lo más clara posible para las decisivas conversaciones que se avecinaban, carraspeó un poco, esforzándose en cualquier caso por hacerlo con mucha suavidad, puesto que, probablemente,

también este ruido sonara diferente al de una voz humana, cosa que él ya no se sentía capaz de distinguir. Entretanto, en la habitación contigua se había hecho un silencio absoluto. Quizá los padres estuvieran sentados a la mesa cuchicheando con el apoderado, quizá estaban todos arrimados a la puerta escuchando.

Ayudándose de la silla, Gregor se empujó hacia la puerta, al llegar la soltó y se lanzó contra ella, manteniéndose allí todo firme (los extremos de sus patitas eran algo pegajosos) para descansar del esfuerzo durante un momento. A continuación empezó a girar la llave de la cerradura con la boca. Por

desgracia parecía no tener dientes (¿con qué iba a agarrar entonces la llave?), pero en cambio las mandíbulas eran muy fuertes; con su ayuda consiguió en efecto poner la llave en movimiento, sin darse cuenta de que sin duda se estaba causando algún daño, porque un líquido parduzco empezó a salirle por la boca, chorreando por la llave y goteando en el suelo.

—Escuchen —dijo el apoderado en la habitación de al lado—, está girando la llave.

Esto supuso un gran estímulo para Gregor, pero todos deberían haberle animado, incluso el padre y la madre. «Venga, Gregor», deberían haber

gritado, «dale, duro con la cerradura». Y, ante la idea de que todos seguían emocionados sus esfuerzos, mordió ciegamente la llave con todas las fuerzas que pudo reunir. A medida que el giro de la llave progresaba, él daba vueltas a la cerradura; ahora ya sólo se sostenía con la boca y, según lo necesitaba, se colgaba de la llave o volvía a apretarla con todo el peso de su cuerpo. El agudo sonido del cerrojo, que por fin se descorría, despertó del todo a Gregor. Respirando profundamente, se dijo: «Pues no he necesitado al cerrajero», y apoyó la cabeza en el picaporte para abrir la puerta del todo.



Como se había visto obligado a abrir la puerta de ese modo, aunque estaba ya muy abierta, a él seguían sin verlo; por eso tuvo primero que girarse despacio sobre una hoja, y hacerlo con mucho cuidado si no quería caerse de espaldas de golpe, justo en el umbral de la habitación. Estaba aún ocupado con aquel difícil movimiento, sin tiempo para pensar en otra cosa, cuando oyó que el apoderado soltaba en voz alta un «¡oh!» (sonó como cuando sopla el viento), y entonces vio cómo éste, que era el que estaba más cerca de la puerta, se apretaba la mano contra la boca abierta y retrocedía lentamente, como si

lo empujara una fuerza invisible, de efectos regulares. La madre (a pesar de la presencia del apoderado tenía el pelo suelto y revuelto de toda la noche) miró primero al padre con las manos juntas, dio luego dos pasos hacia Gregor y cayó al suelo entre las faldas que se extendían a su alrededor, el rostro completamente hundido en el pecho. El padre cerró el puño con expresión amenazadora, como si quisiera empujar a Gregor de vuelta a su habitación, luego echó un vistazo inseguro al cuarto de estar, se tapó entonces los ojos con las manos y lloró tanto que su robusto pecho le temblaba por el llanto.

Gregor no entró en el cuarto, sino

que, desde dentro, se apoyó en la hoja de la puerta que seguía firmemente cerrada, de manera que sólo se le veía la mitad del cuerpo y, por encima, la cabeza ladeada con la que miraba a los otros. Entretanto se había ido haciendo de día; al otro lado de la calle se veía con claridad parte del edificio de enfrente, negruzco, interminable (era un hospital), con sus ventanas simétricas, que rompían bruscamente la fachada; seguía lloviendo, pero ya con gotas grandes, visibles una a una y que también caían al suelo así solas. Los cacharros del desayuno seguían en buen número sobre la mesa, porque para el padre el desayuno era la comida más

importante del día, que prolongaba durante horas leyendo diferentes periódicos. Precisamente en la pared de enfrente había una fotografía de Gregor de sus años de militar, en la que se lo veía de teniente, la mano en el sable y una sonrisa despreocupada, exigiendo respeto para su actitud y su uniforme. La puerta del vestíbulo estaba abierta y, como la puerta de la casa también lo estaba, se veía el rellano y el comienzo de la escalera que conducía abajo.

—Bueno —dijo Gregor completamente consciente de ser el único que había mantenido la calma—, voy a vestirme ahora mismo, guardaré el muestrario y me marcharé. ¿Me

dejaréis...? ¿Me dejaréis marchar? Bueno, señor apoderado, ya ve que no soy testarudo y que me gusta trabajar; viajar resulta pesado, pero no podría vivir sin los viajes. ¿Adónde va, señor apoderado? ¿A la empresa? ¿Sí? ¿Lo contará todo tal como ha sido? En un momento dado puede uno sentirse incapaz de trabajar, pero entonces es justo el momento perfecto para acordarse de los buenos resultados de antes y para pensar en que después, tras haber superado los obstáculos, seguro que se trabajará con mayor denuedo y concentración. Tengo tanto que agradecerle al jefe, eso lo sabe usted muy bien. Además tengo también la

responsabilidad de mis padres y mi hermana. Estoy en un aprieto, aunque saldré de él. Pero no me ponga las cosas más difíciles de lo que ya son. ¡Defiéndame en la empresa! Ya sé que no se valora a los representantes. Se piensa que ganan una fortuna y que viven muy bien. Nadie tiene especial interés en meditar más sobre este prejuicio. Pero usted, señor apoderado, usted tiene una visión más amplia sobre las circunstancias que el resto del personal, e incluso, dicho con toda confianza, una visión mejor que la del propio jefe que, en su calidad de empresario, se confunde fácilmente en sus juicios para perjuicio del empleado. Usted sabe

también muy bien que el representante, que está prácticamente la mitad del año fuera de la empresa, puede convertirse fácilmente en víctima de habladurías, casualidades y quejas infundadas contra las que le resulta prácticamente imposible defenderse, puesto que la mayoría de las veces ni siquiera se entera de ellas y no siente en sus propias carnes las funestas consecuencias, cuyas causas ya no puede averiguar, hasta que no ha regresado a casa de un viaje, totalmente agotado. Señor apoderado, ¿no se vaya sin haberme dicho una palabra que me demuestre que, al menos en algo, aunque sea en poco, me da usted la razón!



Pero el apoderado se había dado la vuelta ya a las primeras palabras de Gregor y sólo lo miraba por encima del hombro, encogido, con una mueca en los labios. Y mientras Gregor hablaba no había podido estarse quieto ni un segundo, sino que, sin perderlo de vista, se había ido moviendo hacia la puerta, pero muy despacio, como si existiese una prohibición secreta de abandonar la habitación. Estaba ya en el vestíbulo y, a juzgar por el repentino movimiento con el que la última vez había sacado el pie del cuarto de estar, uno habría podido creer que acababa de quemarse la suela. Pero en el vestíbulo extendió bien la

mano derecha en dirección a la escalera, como si allí le esperase una salvación supraterrrenal.

Gregor vio que de ninguna manera podía dejar que el apoderado se marchara en ese estado si no quería ver seriamente amenazada su posición en la empresa. Los padres no comprendían aquello muy bien; con los muchos años habían llegado a la firme convicción de que Gregor tendría para siempre un puesto en ella y, además, los problemas actuales les daban tanto que hacer que no eran capaces de prever absolutamente nada. Pero Gregor sí era capaz de prever. Había que detener al apoderado, tranquilizarlo, convencerlo y

finalmente ganárselo para sí, ¡el futuro de Gregor y de su familia dependía de ello! ¡Si hubiera estado allí la hermana...! Ella era inteligente; había llorado ya mientras Gregor seguía tranquilamente tumbado. Y seguro que el apoderado, aquel hombre tan galante, se habría dejado convencer por ella; habría cerrado la puerta de la casa y le habría disuadido de sus miedos en el vestíbulo. Pero justo la hermana no estaba allí, el propio Gregor tenía que actuar. Y sin pensar en que aún no conocía su actual capacidad de movimiento, y sin pensar tampoco en que posiblemente, incluso probablemente, no habían vuelto a entender sus palabras, dejó la hoja de la

puerta, y se metió por la abertura con intención de dirigirse hacia el apoderado, que se agarraba ya con ambas manos y de una forma sumamente ridícula a la escalera del rellano, pero, buscando un apoyo, se cayó de repente sobre sus muchas patitas y lanzó un leve grito. Apenas había sucedido esto, sintió, por primera vez en aquella mañana, un bienestar físico; las patitas pisaban suelo firme, obedecían a la perfección, como pudo comprobar para su alivio, incluso trataban de llevarlo adonde él quería, y ello le hizo creer que el remedio definitivo a todos sus males estaba ya cerca. Pero en el mismo momento en que, balanceándose para

intentar contener el movimiento, a no mucha distancia de su madre, se quedó justo frente a ella en el suelo, ésta, que parecía tan sumida en sus pensamientos, dio un brinco, con los brazos bien estirados y los dedos extendidos, exclamando:

—¡Socorro, por amor de Dios, socorro! —al tiempo que mantenía la cabeza inclinada, como si quisiera ver mejor a Gregor, aunque muy al contrario, retrocedió despavorida; había olvidado que a sus espaldas estaba la mesa puesta, al llegar se apresuró a sentarse en ella, como distraída, y pareció no darse cuenta de que, a su lado, de la gran cafetera que se había

caído se salía el café a chorros y se
derramaba sobre la alfombra.



—Madre, madre —dijo Gregor en voz baja, mirando hacia ella. Por un momento el apoderado se le había ido completamente de la cabeza; por el contrario, al ver cómo se derramaba el café no pudo evitar mover las mandíbulas en el vacío. Al verlo, la madre volvió a gritar, se escapó de la mesa y cayó en brazos del padre, que corría a su encuentro. Pero Gregor no tenía ahora tiempo para sus padres; el apoderado estaba ya en la escalera, con la barbilla sobre la baranda volvió la vista por última vez. Gregor tomó impulso para asegurarse de que lo alcanzaría; el apoderado debió de presentir algo, porque bajó varios

escalones de un salto y desapareció lanzando un «¡uh!» que resonó por toda la escalera. Desgraciadamente, esta fuga del apoderado pareció confundir por completo al padre, que hasta ese momento había estado relativamente sereno, porque en lugar de echar a correr tras él o al menos no impedir a Gregor que lo persiguiera, agarró con la mano derecha el bastón del apoderado que éste se había olvidado en la silla junto con el gabán y el sombrero; con la izquierda cogió de la mesa un periódico de gran tamaño y, dando patadas en el suelo, se puso a empujar a Gregor a su habitación blandiendo el bastón y el periódico. De nada sirvieron los ruegos

de Gregor, tampoco los entendieron, por mucho que moviera la cabeza en actitud suplicante, el padre no dejaba de dar patadas más fuertes en el suelo. Al otro lado, a pesar de lo frío del tiempo, la madre había abierto una ventana de par en par y, reclinándose, se tapaba la cara con las manos bien fuera de la ventana. Entre la calle y la escalera se hizo una fuerte corriente, las cortinas volaban, los periódicos de encima de la mesa crujían, algunas hojas sueltas revoloteaban por el suelo. El padre, dando silbidos como un loco, lo empujaba inexorablemente. No obstante, Gregor no tenía aún práctica alguna en andar hacia atrás, andaba realmente muy

despacio. Sólo con que hubiera podido girarse, habría estado enseguida en su habitación, pero le dio miedo impacientar al padre perdiendo el tiempo en girarse, porque a cada momento lo amenazaba el golpe mortal del bastón de la mano del padre en la espalda o en la cabeza. Aun con todo, al final, a Gregor no le quedó más remedio, pues se dio cuenta con espanto de que al andar hacia atrás ni siquiera era capaz de mantener la dirección, de manera que, entre incesantes y temerosas miradas de soslayo al padre, empezó a darse la vuelta con la mayor rapidez posible, aunque en realidad lo hacía muy despacio. Tal vez el padre advirtiera su

buena voluntad, porque no se lo impidió, sino que incluso desde lejos le dirigía de vez en cuando el movimiento de giro con la punta de su bastón. ¡Si no hubiese sido por ese insoportable silbido del padre! Gregor estaba a punto de volverse loco por su culpa. Ya casi se había dado la vuelta cuando, sin dejar de oír el silbido, incluso se confundió y retrocedió un poco. Pero cuando, finalmente, se hallaba todo feliz con la cabeza ante la abertura de la puerta, resultó que su cuerpo era demasiado ancho para pasar por ella sin más. Evidentemente, en su actual estado, al padre no se le ocurrió ni por lo más remoto abrir la otra hoja para procurar a

Gregor un espacio suficiente. Su única obsesión era simplemente que Gregor estuviera en su habitación lo más pronto posible. Tampoco hubiera permitido jamás los complicados preparativos que Gregor necesitaba para incorporarse y, a lo mejor de ese modo, poder entrar por la puerta. Lo que hizo fue empujar entonces a Gregor hacia adelante, con mucho más ruido, como si no hubiera ningún obstáculo; a espaldas de Gregor ya no se oía la voz de un padre, ahora ya no había bromas, y Gregor, pasara lo que pasara, se metió por la puerta. Un lado de su cuerpo se levantó, se quedó atravesado en el umbral, un costado estaba herido, en la puerta blanca

quedaron unas manchas feas, de repente se quedó atascado y ya no hubiera podido moverse por sí solo, las patitas de un lado colgaban temblando en el aire, las del otro se aplastaban dolorosamente contra el suelo..., entonces el padre le dio por detrás un fuerte empujón, auténticamente liberador, y, sangrando abundantemente lo lanzó al interior de la habitación. La puerta se cerró con el bastón; luego, por fin, se hizo el silencio.





II

Hasta la caída de la noche Gregor no se despertó de su pesado sueño, parecido a un desmayo. Seguro que tampoco se hubiese despertado mucho más tarde sin oír ruido alguno, porque se sentía lo bastante descansado y repuesto, aunque le pareció como si le hubieran despertado unos pasos fugaces y la puerta que daba al vestíbulo al cerrarla con cuidado. El resplandor de las farolas eléctricas de la calle se reflejaba pálidamente en diferentes puntos del techo y las partes altas de los muebles,

pero en lo bajo, donde se encontraba Gregor, estaba oscuro. Lentamente, tanteando aún con cierta torpeza con sus antenas, que ahora empezaba a valorar, se desplazó hacia la puerta para ver qué había ocurrido. Su costado izquierdo parecía una única cicatriz, larga y que le tiraba de una manera muy desagradable, obligándolo a cojear en toda regla sobre sus dos filas de patas. Una patita, por cierto, había resultado gravemente herida en el curso de los incidentes de aquella mañana (era casi un milagro que sólo hubiera resultado herida una) y se arrastraba sin vida.

Hasta que no hubo llegado a la puerta no se dio cuenta de lo que lo

había atraído hasta allí en realidad: había sido el olor de algo comestible. Porque allí había un cuenco lleno de leche dulce, en la que nadaban unos pedacitos de pan blanco. Estuvo a punto de llorar de alegría, porque tenía mucha más hambre que por la mañana, y de inmediato metió la cabeza en la leche casi hasta los ojos. Pero pronto la sacó decepcionado, no sólo porque comer le resultaba difícil por lo delicado de su costado izquierdo (y sólo podía comer si sorbía con ayuda de todo su cuerpo), sino que, además, la leche, que siempre había sido su bebida favorita, y que seguro que la hermana se la había puesto allí por eso, no le sabía bien, es más, se

apartó del cuenco casi con repugnancia y retrocedió a rastras hasta el centro de la habitación.



Por lo que veía Gregor a través de la rendija de la puerta, en el cuarto de estar estaba encendido el gas, pero mientras que, como era habitual a esas horas del día, el padre, y también de vez en cuando la hermana, solía leerle a la madre el periódico vespertino, no se oía ahora ruido ninguno. A lo mejor esa costumbre de leer en voz alta, de la que la hermana tanto hablaba y escribía, se había perdido en los últimos tiempos. Pero también a su alrededor todo estaba tranquilo, aunque, sin duda, la casa no estaba vacía. «Qué vida tan apacible lleva mi familia», se dijo Gregor y, mientras miraba fijamente en la

oscuridad, se sintió muy orgulloso de haber podido proporcionar a sus padres y a su hermana una vida así, en una casa tan bonita. Pero ¿qué pasaría si toda la calma, todo el bienestar, toda la satisfacción, tuvieran ahora un espantoso final? Para no perderse en tales pensamientos, Gregor prefirió ponerse en movimiento y fue arrastrándose de un lado a otro de la habitación.

En un momento, durante la larga noche, se abrió una pequeña rendija en una de las puertas laterales, y luego en otra, para volverse a cerrar rápidamente; era posible que alguien tuviera necesidad de pasar, pero también demasiados reparos. Gregor se detuvo

entonces justo al lado de la puerta del cuarto de estar, decidido a hacer entrar de algún modo al indeciso visitante o ver al menos de quién se trataba; pero la puerta ya no volvió a abrirse y Gregor esperó en vano. A primera hora, cuando las puertas estaban cerradas, todos habían querido entrar a verlo; ahora que él había abierto una puerta y que las demás, evidentemente, se habían ido abriendo a lo largo del día, ya no venía nadie y ahora las llaves estaban puestas por fuera.

Ya muy entrada la noche se apagó la luz del cuarto de estar y fue fácil comprobar que los padres y la hermana habían estado despiertos hasta entonces,

pues, tal y como podía oírse perfectamente, los tres se alejaban ahora de puntillas. Seguro que hasta que fuera de día no entraría nadie más en la habitación de Gregor; así pues, tenía mucho tiempo para pensar sin que nadie lo molestara en cómo quería ordenar su vida a partir de ahora. Pero la habitación, alta y espaciosa, en la que se veía obligado a permanecer tumbado en el suelo, le daba miedo sin que fuera capaz de averiguar la causa, porque era la habitación que ocupaba desde hacía cinco años, y haciendo un giro medio inconsciente y no sin algo de vergüenza se apresuró a meterse debajo del sofá, donde, a pesar de que la espalda le

quedaba un poco oprimida y no podía levantar la cabeza, se sintió muy cómodo al instante, lamentando únicamente que su cuerpo fuera demasiado ancho como para caber totalmente allí debajo.

En ese lugar se quedó toda la noche, que, en parte, pasó en un medio sueño del que el hambre, una y otra vez, lo despertaba sobresaltado, en parte entre preocupaciones y confusas esperanzas que, en su totalidad, no obstante, lo llevaron a la conclusión de que, de momento, debía mantener la calma y, gracias a la paciencia y a una gran consideración por parte de la familia, hacerles soportables las molestias que

se veía obligado a ocasionarles en su actual estado.

Ya muy de mañana, todavía era casi de noche, Gregor tuvo ocasión de comprobar el impacto de las decisiones que acababa de tomar, pues la hermana, casi completamente vestida, abrió la puerta desde el vestíbulo y miró expectante al interior. No lo encontró enseguida, pero al verlo bajo el sofá (por Dios, tenía que estar en algún sitio, no podía haber salido volando), se asustó tanto que, sin poderse dominar, volvió a cerrar la puerta desde fuera. Pero como si se arrepintiera de su comportamiento, volvió a abrirla enseguida y, como si estuviera con un

enfermo o con un extraño, entró de puntillas. Gregor había sacado la cabeza casi hasta el borde del sofá y la observaba. ¿Se daría cuenta de que se había dejado la leche, y no por falta de hambre, y le traería otro alimento que le fuera mejor? Si no salía de ella, prefería morir de hambre antes que hacérselo notar, a pesar de que, en realidad, tenía unas ganas enormes de salir de debajo del sofá, echarse a sus pies y pedirle algo bueno de comer. Pero, con asombro, la hermana se percató al instante del cuenco todavía lleno, del que sólo se había derramado un poco de leche, lo cogió al punto, no con las manos, sino con un trapo, y lo sacó de

allí. Gregor sentía una gran curiosidad por ver qué le traería en su lugar y se imaginaba las cosas más diversas. Pero jamás habría podido adivinar lo que, con su bondad, iba a hacer la hermana en realidad. Para comprobar sus gustos le llevó una buena selección de cosas, todas extendidas sobre un periódico viejo. Había verduras pasadas, medio podridas, huesos de la cena rodeados de una salsa blanca, algunas pasas y almendras, un queso que, hacía dos días, Gregor había definido como incomible, un pan seco, un pan untado de mantequilla y un pan untado de mantequilla y sal. Además, junto a todo esto colocó el cuenco, probablemente

destinado ya para Gregor, en el que había echado agua. Y por delicadeza, porque sabía que Gregor no comería delante de ella, se marchó a toda prisa e incluso cerró con llave para que se percatara de que podía ponerse tan cómodo como quisiera. Las patitas de Gregor zumbaron al dirigirse hacia la comida. Sus heridas, por cierto, parecían haberse curado del todo, ya no sentía ninguna molestia; se quedó muy asombrado y recordó que hacía más de un mes se había cortado un poco en el dedo y que esa herida aún le seguía doliendo bastante dos días atrás. «¿Será que ahora tengo menos sensibilidad?», pensó mientras chupaba con avidez el

queso, que le había atraído enseguida más que cualquier otra cosa. Uno tras otro, y con los ojos llenos de satisfacción, devoró rápidamente el queso, las verduras y la salsa; los alimentos frescos, en cambio, no le apetecían, ni siquiera podía soportar el olor, e incluso apartó un poco las cosas que quería comer. Hacía mucho que había terminado todo y seguía tumbado perezosamente en el mismo sitio, cuando la hermana giró lentamente la llave en la cerradura como señal de que debía retirarse. Esto lo sobresaltó, aunque ya estaba medio dormido, y volvió a meterse a toda prisa debajo del sofá. Pero le costó un gran esfuerzo quedarse

allí debajo incluso durante el breve lapso de tiempo en el que la hermana estuvo en la habitación, pues su cuerpo se había abombado un poco con la copiosa comida, y en aquel espacio tan estrecho apenas podía respirar. Entre pequeños ataques de asfixia vio con los ojos un poco hinchados cómo la hermana, que no sospechaba nada, no sólo barría los restos con una escoba, sino también los alimentos que Gregor no había tocado, como si ya no se pudiesen utilizar, y cómo los tiraba rápidamente a un cubo que cerró con una tapa de madera, tras lo cual se llevó todo de allí. Apenas se hubo dado la vuelta, Gregor salió de debajo del sofá,

se estiró y respiró.



De esa forma le daban la comida a Gregor todos los días, una vez por la mañana, cuando los padres y la criada aún dormían, la segunda vez tras el almuerzo habitual, porque a esa hora los padres también dormían un ratito y la criada había salido con algún recado de la hermana. Sin duda ellos tampoco querían que Gregor se muriese de hambre, pero tal vez no hubieran podido soportar enterarse de lo que comía más que de oídas; a lo mejor la hermana deseaba en todo lo posible ahorrarles una pequeña pena, pues de hecho ya sufrían bastante.

Gregor no pudo enterarse de las excusas con las que aquella mañana

habían despedido de la casa al médico y al cerrajero, porque, como a él no lo entendían, nadie, ni siquiera la hermana, pensaba que él sí podía entender a los demás, de manera que, cuando la hermana estaba en su habitación, tenía que conformarse con escuchar de vez en cuando sus sollozos y sus invocaciones a los santos. No fue hasta pasado un tiempo, una vez acostumbrada un poco a la situación (naturalmente no podía hablarse en ningún momento de que se hubiera acostumbrado del todo), cuando Gregor fue capaz de cazar de vez en cuando alguna observación amable, o que al menos podía interpretarse en ese sentido. «Hoy sí que le ha gustado»,

decía cuando Gregor lo había vaciado bien todo, mientras que, en el caso contrario, que poco a poco iba repitiéndose cada vez con más frecuencia, solía decir casi con tristeza: «Hoy ha vuelto a dejarlo todo».

Pero aunque Gregor no podía enterarse de ninguna novedad de forma directa, escuchaba algunas cosas de las habitaciones contiguas, y allí donde en algún momento escuchaba voces, corría al punto hacia la puerta correspondiente y se pegaba a ella con todo el cuerpo. Especialmente en los primeros tiempos no había ninguna conversación que, de algún modo, aunque fuera en secreto, no tratase de él. Durante dos días en todas

las comidas se oían discusiones acerca de cómo debían comportarse con él ahora; pero también entre las comidas hablaban del mismo tema, porque siempre había en casa al menos dos miembros de la familia, pues seguro que nadie quería quedarse solo en casa y tampoco dejar la casa sola. Además, justo el primer día, la criada (no estaba del todo claro qué y cuánto era lo que sabía de lo ocurrido) le había pedido a la madre de rodillas que la despidiese inmediatamente, y cuando, un cuarto de hora después, se marchaba de allí, dio las gracias por el despido con lágrimas en los ojos, como haciendo ver el gran favor que se le había hecho, y, sin que

nadie se lo pidiera, hizo el solemne juramento de no contar a nadie ni lo más mínimo.

Ahora la hermana también tenía que cocinar junto con la madre; en cualquier caso, esto no suponía un gran esfuerzo, porque apenas comían nada. Una y otra vez escuchaba Gregor cómo uno le pedía al otro que comiera sin obtener más respuesta que: «Gracias, ya tengo bastante» o algo similar. Quizá tampoco bebían. A menudo la hermana preguntaba al padre si le apetecía una cerveza y se ofrecía amablemente a ir ella misma a buscarla, y, como el padre guardaba silencio, decía, a fin de que no pusiera reparos, que también podía

mandar por ella a la portera, pero entonces el padre respondía por fin con un rotundo «no», y no volvía a hablarse del asunto.

Ya en el curso del primer día el padre explicó tanto a la madre como a la hermana toda la situación económica y sus expectativas. De vez en cuando se levantaba de la mesa y sacaba algún recibo o algún libro de cuentas de una pequeña caja de caudales de la marca Wertheim, que había salvado de la quiebra de su negocio, acaecida cinco años atrás. Se le oía abrir la complicada cerradura y volver a cerrarla tras haber sacado lo que buscaba. Estas explicaciones del padre eran en parte la

primera cosa agradable que Gregor oía desde su cautiverio. Él creía que a su padre no le había quedado ni lo más mínimo de aquel negocio, al menos el padre no le había dicho lo contrario, y Gregor, en cualquier caso, nunca le había preguntado. Por aquel entonces, su única preocupación había sido hacer todo lo posible para que la familia olvidara lo más rápidamente posible la desgracia financiera que los había sumido a todos en la más completa desesperación. Y por eso había empezado a trabajar con especial ahínco y, casi de la mañana a la noche, había pasado de ser un modesto dependiente a un representante, lo que, naturalmente, le

ofrecía unas posibilidades muy distintas de ganar dinero, y cuyos éxitos laborales se transformaban de inmediato en forma de comisiones en dinero en efectivo que podía poner en casa sobre la mesa para el asombro y la dicha de su familia. Habían sido buenos tiempos, y después no habían vuelto a repetirse, al menos con ese mismo esplendor, a pesar de que luego Gregor ganaba tanto dinero que estaba en situación de cargar con los gastos de toda la familia, cosa que de hecho hacía. Se habían acostumbrado a ello, tanto la familia como el propio Gregor, aceptaban agradecidos el dinero y él se lo daba de buena gana, pero no había ya la calidez de antaño. La

hermana era la única que había seguido unida a Gregor, y él, ya que, a diferencia de Gregor, le gustaba mucho la música y tocaba conmovedoramente el violín, tenía el plan secreto de enviarla al año siguiente al conservatorio sin tener en cuenta los grandes gastos que esto podía ocasionarle y que ya cubriría de alguna manera. A menudo durante las breves estancias de Gregor en la ciudad se mencionaba el conservatorio en las conversaciones con la hermana, pero siempre como un sueño muy bonito, cuya realización resultaba inimaginable, y a los padres ni siquiera les agradaba oír esas inocentes menciones, aunque Gregor pensaba en ello con decisión y

tenía la intención solemne de anunciarlo en Nochebuena.

En su estado actual tales pensamientos absolutamente inútiles se le pasaban por la cabeza mientras se quedaba pegado a la puerta escuchando. De vez en cuando ya no podía seguir haciéndolo de puro cansancio y, en un momento de descuido, la cabeza se le caía y se golpeaba contra la puerta, pero de inmediato volvía a levantarla, pues hasta el más mínimo ruido que hiciera se oía al lado y hacía que todos enmudecieran.

—¿Qué andará haciendo? —dijo el padre al cabo de un rato, vuelto a todas luces hacia la puerta, para luego, poco a

poco, retomar de nuevo la conversación interrumpida.

Así fue como Gregor pudo enterarse bien (pues el padre solía repetirse con frecuencia en sus explicaciones, en parte porque hacía ya mucho que no se ocupaba de esas cosas, en parte también porque la madre no lo comprendía todo a la primera) de que, a pesar de la desgracia, quedaba aún un pequeño patrimonio de los viejos tiempos, que había aumentado entretanto gracias a los intereses que no se habían tocado. Además, el dinero que Gregor había ido llevando a casa todos los meses (él sólo se había quedado con algunos florines) no lo habían gastado del todo y se había

convertido en un pequeño capital. Detrás de su puerta Gregor asentía entusiasmado, satisfecho de aquella inesperada previsión y de aquel ahorro. En realidad, con ese dinero sobrante habría podido pagar la deuda del padre con el jefe y hubiera tenido más cerca el día en el que poder librarse de ese puesto, pero ahora sin duda era mejor así, tal como lo había dispuesto el padre.

Aun con todo, ese dinero no bastaba en absoluto para que la familia pudiera vivir de los intereses; tal vez bastaba para mantener a la familia dos años a lo sumo, más no. Así pues, era una suma que, en realidad, no se podía tocar y

debía reservarse para un caso de necesidad, y el dinero para vivir había que ganárselo. Ahora bien, el padre era un hombre sano, pero mayor, que llevaba ya cinco años sin trabajar y que, en cualquier caso, no podía hacer muchas cosas; en esos cinco años, que habían sido las primeras vacaciones de su vida sacrificada y, sin embargo, infructuosa, había engordado mucho y debido a ello se había vuelto muy torpe. ¿Y acaso iba a tener que ponerse a ganar dinero la anciana madre, que padecía de asma, a la que andar por la casa ya le causaba fatiga y que pasaba un día sí y otro también tumbada en el sofá con la ventana abierta, con dificultades para

respirar? ¿Y tendría que trabajar la hermana, que aún era una niña con sus diecisiete años, y cuyo modo de vida, hasta ese momento tan envidiable, había consistido en ponerse lindas ropas, dormir mucho, ayudar en casa, distraerse con algún entretenimiento modesto y, sobre todo, tocar el violín? Cuando se hablaba de la necesidad de ganar dinero, Gregor soltaba primero la puerta y se arrojaba sobre el fresco sofá de cuero, situado al lado, porque se abrasaba de vergüenza y de pena.

A menudo pasaba allí noches enteras, sin dormir un solo minuto y restregándose contra el cuero durante horas. O sin rehuir el enorme esfuerzo

de empujar una silla hacia la ventana, trepar luego hasta el alféizar y, allí subido, reclinarse en la ventana, evidentemente tan sólo recordando de algún modo lo liberador que había sido antes mirar por ella. Pues, de hecho, de día en día veía las cosas con menos claridad, aunque estuvieran poco alejadas; apenas divisaba ya el hospital de enfrente, cuya visión demasiado frecuente antes había maldecido y, si no hubiera sabido a ciencia cierta que vivía en la Charlottenstrasse, tan tranquila, aunque situada en medio de la ciudad, habría creído estar viendo desde su ventana un desierto, en el que el cielo azul y la tierra gris se unían sin poder

diferenciarse uno de otra. Había bastado con que la atenta hermana viera en dos ocasiones que la silla estaba junto a la ventana para que a partir de ese momento, tras recoger la habitación, hubiera vuelto a colocarla justo debajo, y que incluso dejara siempre abierta la contraventana interior.

Si Gregor hubiera podido hablar con ella y darle las gracias por todo lo que tenía que hacer por él, habría soportado mejor su ayuda, pero de este modo sufría mucho por ello. Ciertamente la hermana trataba de que, en lo posible, no se notara lo bochornoso de la situación y, naturalmente, cuanto más tiempo pasaba, más fácil le resultaba,

pero también Gregor iba teniendo una idea más clara del estado de las cosas con el curso del tiempo. El solo hecho de que la hermana viniese le resultaba terrible. Nada más entrar, sin tomarse apenas tiempo para cerrar la puerta, y eso que ella se cuidaba muy bien de ahorrar a todos la visión de la habitación de Gregor, corría derecha a la ventana y la abría de par en par, con manos presurosas, como si se asfixiara, y, aunque hiciera mucho frío, se quedaba allí un ratito y respiraba profundamente. Con estas carreras y ruidos asustaba a Gregor dos veces al día; durante todo ese tiempo él se quedaba temblando debajo del sofá, aunque sabía que ella

hubiera preferido ahorrárselos si hubiera podido estar en la habitación con la ventana cerrada en la que estaba Gregor.

En una ocasión, había pasado ya un mes desde la transformación de Gregor y no había ya ningún motivo especial para que la hermana se asombrase de su aspecto, entró un poco antes de lo acostumbrado y lo encontró mirando aún por la ventana, inmóvil y colocado como si fuera a asustar a alguien. A Gregor no le hubiera resultado raro que no entrara, puesto que su posición le impedía abrir la ventana al punto, pero no sólo no entró, sino que retrocedió y cerró la puerta; un extraño hubiera podido pensar

que Gregor la había estado acechando para morderla. Naturalmente, Gregor se escondió enseguida bajo el sofá, pero tuvo que esperar hasta mediodía para que la hermana regresara, y parecía mucho más nerviosa que de costumbre. A tenor de esto, llegó a la conclusión de que su visión aún debía de resultarle insoportable, y que probablemente tenía que dominarse mucho para no salir corriendo al ver siquiera una mínima parte de su cuerpo sobresaliendo bajo el sofá. Para ahorrarle ese espectáculo, un día llevó la sábana al sofá (necesitó cuatro para hacerlo) y la colocó de tal forma que quedó prácticamente cubierto y la hermana no podía verlo ni aunque se

agachara. Si en su opinión la sábana no hubiera sido necesaria, habría podido retirarla, pues estaba bien claro que a Gregor no podía resultarle un placer aislarse de esa manera, pero la dejó tal como estaba, y Gregor incluso creyó ver una mirada de gratitud en un momento en que, con mucho cuidado, levantó un poco la sábana con la cabeza para ver cómo acogía la hermana aquella nueva disposición.

Durante los primeros catorce días los padres no fueron capaces de entrar a verlo, pero ahora oía a menudo cómo reconocían el trabajo de la hermana, mientras que hasta entonces se habían enfadado mucho con ella porque la

tenían por una muchacha bastante inútil. Sin embargo ahora ambos, el padre y la madre, se quedaban a menudo esperando ante la habitación de Gregor mientras la hermana la recogía y, apenas salía, hacían que les contara con todo detalle cómo estaba el cuarto, lo que Gregor había comido, cómo se había portado ese día, y si, por casualidad, había notado alguna leve mejoría. La madre, aun con todo, quiso entrar a ver a Gregor relativamente pronto, pero el padre y la hermana la contuvieron, primero con argumentos sensatos, que Gregor escuchó con mucha atención y con los que estaba completamente de acuerdo. Pero después tuvieron que

impedírselo por la fuerza, y cuando entonces gritaba: «¡Dejadme entrar a ver a Gregor! ¡Pobre hijo mío! ¿Es que no comprendéis que tengo que entrar a verlo?», Gregor pensaba que tal vez no sería malo que la madre entrase a verlo, no a diario, naturalmente, pero a lo mejor sí una vez a la semana; ella sabía hacerlo todo mucho mejor que la hermana, que, a pesar de todo su valor, no era más que una niña y, en último término, tal vez se había hecho cargo de una tarea tan dura únicamente debido a su inocencia infantil.



El deseo de Gregor de ver a la madre se cumplió pronto. Durante el día, por consideración a sus padres, no quería asomarse a la ventana, pero, por la noche, tampoco podía arrastrarse demasiado por los pocos metros cuadrados del suelo, le costaba mucho trabajo quedarse tumbado tranquilamente, la comida pronto dejó de hacerle la más mínima gracia, así que cogió la costumbre de arrastrarse de un lado a otro por paredes y techo. Sobre todo le gustaba quedarse colgado en lo alto, en el techo; era algo muy diferente a estar tumbado en el suelo, se respiraba con mayor libertad, una suave oscilación

le recorría todo el cuerpo y en la dispersión casi dichosa, en la que Gregor se encontraba allí arriba, podía suceder que, para su propia sorpresa, se soltara y se golpeará contra el suelo. Pero ahora, naturalmente, dominaba su cuerpo de manera totalmente diferente a como lo había hecho antes y no se hacía daño en una caída tan fuerte. La hermana se dio cuenta al instante del nuevo entretenimiento que Gregor se había buscado (al arrastrarse iba dejando por todas partes huellas de su sustancia pegajosa), y entonces se le metió en la cabeza facilitarle las cosas para que pudiera arrastrarse mejor retirando los muebles que se lo impedían, sobre todo

el armario y el escritorio. Pero ella no podía hacer esto sola; al padre no se atrevía a pedirle ayuda, la criada de seguro que no la hubiese ayudado, pues la chica, de unos dieciséis años, resistía con valentía desde el despido de la cocinera anterior, pero había pedido el favor de poder mantener siempre la cocina cerrada y abrir sólo a una señal determinada, así que a la hermana no le quedó más remedio que pedírselo a la madre en una ocasión en que el padre estaba ausente. La madre se acercó entre gritos de nerviosa alegría, pero enmudeció ante la puerta de la habitación de Gregor. Naturalmente, la hermana comprobó que en la habitación

todo estuviera en orden, sólo entonces dejó entrar a la madre. A toda prisa, Gregor había bajado y arrugado más la sábana, el conjunto parecía de hecho una sábana tirada casualmente sobre el sofá. En esta ocasión Gregor se abstuvo de espiar por debajo, con lo que renunció a ver a la madre y se contentó con saber que había venido.

—Ven, no se le ve —dijo la hermana que, evidentemente, llevaba a la madre de la mano. Gregor escuchó entonces cómo aquellas dos débiles mujeres desplazaban de su sitio el armario, viejo y pesado, y cómo la hermana se cargaba con la mayor parte del trabajo sin escuchar las advertencias de la madre,

que temía que se agotara demasiado. Aquello duró mucho tiempo. Aproximadamente después de llevar un cuarto de hora trabajando, la madre dijo que tal vez sería preferible dejar el armario donde estaba, porque, en primer lugar, pesaba mucho y no habrían acabado de moverlo antes de que llegara el padre y con el armario en medio de la habitación le bloquearían a Gregor cualquier camino, y, en segundo, porque no era del todo seguro que le hicieran un favor apartando los muebles. A ella le parecía más bien lo contrario; precisamente la vista de la pared desnuda le oprimía el corazón, y ¿por qué no iba a sentir Gregor esa

sensación, si hacía mucho que estaba acostumbrado a los muebles de su habitación y seguro que se sentiría abandonado en la habitación vacía?

—¿Y es que acaso no...? — concluyó la madre en voz baja, casi susurrando, como tratando de evitar que Gregor, cuya posición exacta ella ignoraba, oyera siquiera el sonido de la voz, pues estaba convencida de que no entendía las palabras—. ¿Y es que acaso no parece como si, al retirar los muebles, estuviésemos renunciando a toda esperanza de mejoría y lo abandonásemos a su suerte sin ninguna consideración? Creo que lo mejor sería que intentásemos dejar la habitación

exactamente como estaba antes, para que Gregor lo encuentre todo tal como estaba cuando regrese con nosotros y pueda olvidar cuanto antes este lapso de tiempo.

Al oír estas palabras de la madre, Gregor se dio cuenta de que la falta de toda conversación directa con un ser humano, unida a la vida monótona en el seno de la familia, debían de haber confundido su mente en el curso de esos dos meses, pues de otra forma no podía explicarse que hubiera podido desear en serio que vaciaran su cuarto. ¿Es que de verdad le apetecía transformar aquella cálida habitación, cómodamente amueblada con piezas de herencia, en

una cueva en la que, efectivamente, podría arrastrarse en todas direcciones sin que nada lo molestara, aunque olvidando al mismo tiempo, con rapidez y rotundidad, su pasado humano? No obstante, estaba ya al borde del olvido, y la voz de la madre, que llevaba tanto tiempo sin oír, era lo único que lo había alertado. No debían llevarse nada; todo tenía que quedarse allí, no podía prescindir de los efectos benéficos de los muebles sobre su estado, y si los muebles le impedían aquellos movimientos carentes de sentido, ello no resultaba un perjuicio, sino una gran ventaja.

Pero, por desgracia, la hermana era

de otra opinión; no sin razón, se había acostumbrado a hacerse pasar ante los padres como la única entendida al hablar de las cuestiones concernientes a Gregor, y por eso en esta ocasión el consejo de la madre fue para la hermana motivo suficiente para insistir en retirar no sólo el armario y el escritorio, en los que había pensado en un principio, sino todos los muebles, con excepción del imprescindible sofá. Naturalmente no fueron únicamente la tozudez infantil y la confianza que había ido adquiriendo de forma tan inesperada y difícil en el curso de los últimos tiempos lo que la había llevado a tomar esa decisión; de hecho había observado cómo Gregor

necesitaba mucho espacio para arrastrarse y, en cambio, por lo que se veía, no utilizaba los muebles para nada. Pero tal vez también tuvo que ver el carácter apasionado de una joven de su edad, que busca su satisfacción a cada momento, y por el que Grete ahora se dejaba seducir para pintar la situación de Gregor de forma aún más horrenda, para luego poder hacer por él mucho más de lo que hasta el momento hacía. Porque en un cuarto, en el que Gregor reinara sólo sobre las paredes vacías, no se atrevería a entrar nadie más que Grete.





Así pues, no dejó que la disuadiera de su propósito la madre, que, pareciendo sentirse insegura en la habitación de pura inquietud, pronto enmudeció y ayudó a la hermana a sacar el armario de allí con todas sus fuerzas. Bueno, del armario Gregor podía prescindir en caso de necesidad, pero el escritorio tenía que quedarse. Y en cuanto las mujeres hubieron abandonado la habitación con el armario, en el que se apoyaban jadeando, Gregor sacó la cabeza de debajo del sofá para ver, con mucho cuidado y toda la consideración posible, qué era lo que podía hacer. Pero por desgracia fue precisamente la

madre la que regresó primero, mientras Grete, en la habitación contigua, sostenía el armario, empujándolo sola de un lado a otro, por supuesto sin moverlo un ápice del suelo. Pero la madre no estaba acostumbrada a ver a Gregor, hubiera podido enfermar por su culpa, y por eso retrocedió asustado hacia el otro extremo del sofá, aunque no pudo evitar que la sábana se moviera un poco por la parte de delante. Eso bastó para llamar la atención de la madre. Se detuvo, permaneció un momento en silencio y luego volvió hasta donde estaba Grete.

A pesar de que Gregor no dejaba de repetirse que no pasaba nada raro, sino

que únicamente estaban cambiando de sitio unos muebles, el trasiego de las mujeres, sus grititos y el roce de los muebles en el suelo le produjeron, como pronto habría de admitir, una gran confusión que iba aumentando por todos lados y, por mucho que encogiera la cabeza y las patas y apretara el cuerpo contra el suelo, tuvo que confesarse irremisiblemente que no la soportaría por mucho tiempo. Le estaban vaciando la habitación, le estaban quitando todo aquello a lo que tenía cariño, ya se habían llevado el armario en el que guardaba la sierra y otras herramientas, ahora estaban soltando el escritorio, firmemente anclado al suelo, en el que

había hecho sus deberes cuando era estudiante de comercio, alumno del instituto e incluso de la escuela, así que no tenía tiempo para comprobar las buenas intenciones de las mujeres, cuya existencia, por cierto, casi había olvidado, pues, de puro agotamiento, trabajaban ya en silencio y no se oían más que las fuertes pisadas de sus pies.

Y así fue como salió de repente (las mujeres estaban justo en la habitación contigua, apoyadas en el escritorio para tomar algo de aliento) y cambió la dirección de su marcha en cuatro ocasiones sin saber en realidad qué quería salvar primero; entonces, en la pared ya vacía, le llamó la atención el

cuadro de la dama vestida con tantas pieles, trepó rápidamente hasta allí y se apretó contra el cristal que lo sujetaba y le aliviaba el ardor de su vientre. Al menos ese cuadro, que Gregor tapaba ahora totalmente, no se lo llevaría nadie. Volvió la cabeza hacia la puerta del cuarto de estar para observar a las mujeres cuando regresaran.

No se habían dado mucho tiempo para descansar y ya volvían; Grete había rodeado a su madre con el brazo y casi la llevaba en volandas.

—¿Qué nos llevamos ahora? —dijo Grete mirando a su alrededor. Entonces sus miradas se cruzaron con las de Gregor en la pared. Probablemente

mantuvo la calma debido a la presencia de la madre, inclinó la cabeza hacia ella para evitar que mirara en torno a sí y dijo, temblando y sin pensar—: Ven, ¿no es mejor que volvamos un rato al cuarto de estar?

Gregor vio con claridad la intención de Grete: quería llevar a la madre a un lugar seguro y luego hacerlo bajar de la pared. Bueno, ¡que lo intentara! Era su cuadro y no lo cedía. Preferiría saltarle a Grete a la cara.

Pero las palabras de Grete inquietaron mucho a la madre, se hizo a un lado, divisó la enorme mancha parduzca sobre el papel de flores y, antes de ser realmente consciente de que

aquello que veía era Gregor, exclamó con voz ronca y estridente:

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! —y, con los brazos extendidos, como si renunciase a todo, cayó sobre el sofá y no se movió.

—¡Tú, Gregor! —gritó la hermana con el puño en alto y una mirada penetrante. Éstas eran las primeras palabras que le había dirigido directamente desde la transformación. Corrió a la habitación contigua a coger unas sales con las que despertar a la madre de su desmayo; Gregor también quería ayudar (ya habría tiempo para salvar el cuadro), pero estaba firmemente pegado al cristal y tuvo que

desprenderse con fuerza; luego entró corriendo en la habitación contigua como si pudiera darle algún consejo a la hermana igual que antaño, pero se quedó detrás de ella sin hacer nada; mientras ella enredaba entre los frasquitos, se dio la vuelta y se asustó, uno de los frascos cayó al suelo y se rompió, un trozo de cristal hirió a Gregor en la cara y alguna medicina corrosiva se le derramó encima. Entonces, sin detenerse más, Grete cogió tantos frascos como pudo y entró corriendo con ellos adonde estaba la madre; la puerta la cerró con el pie. Ahora Gregor estaba separado de la madre que, tal vez, estaba a punto de morir por su culpa; no debía abrir la

puerta si no quería asustar a la hermana, que tenía que estar allí con ella, y, afligido por los remordimientos y la preocupación, empezó a arrastrarse, a trepar por todas partes, paredes, muebles y techo para, sumido en la desesperación, cuando ya toda la habitación empezaba a dar vueltas a su alrededor, acabar cayendo en medio de la enorme mesa.

Pasó un ratito; Gregor yacía allí, extenuado, alrededor todo estaba en silencio, tal vez aquello era una buena señal. Entonces sonó el timbre. La criada estaba, naturalmente, encerrada en la cocina y Grete tenía que ir a abrir por ella. El padre había llegado.

—¿Qué ha pasado? —fueron sus primeras palabras; seguro que el aspecto de Grete se lo había revelado todo. Grete respondió con voz sofocada, sin duda apretaba el rostro contra el pecho del padre:

—Madre se ha desmayado, pero ya está mejor. Gregor se ha escapado.

—Ya me lo esperaba —dijo el padre —, os lo he dicho siempre, pero vosotras, las mujeres, no queréis oírlo.

Gregor vio al instante que el padre había interpretado mal lo poco que Grete le había contado y suponía que Gregor había hecho algo violento. Por eso, Gregor tenía que intentar ahora apaciguar al padre, pues no tenía tiempo

ni posibilidad de explicárselo. Así que salió huyendo hacia la puerta de su habitación y se pegó a ella para que, en cuanto entrara en el vestíbulo, el padre pudiera ver que tenía la buena intención de regresar enseguida a su cuarto, y que no era necesario empujarlo, sino que bastaba con abrir la puerta y desaparecería al instante.

Pero el padre no estaba en condiciones de darse cuenta de tales sutilezas:

—¡Ah! —gritó justo al entrar en un tono que resultaba a la vez alegre y furioso.



Gregor apartó la cabeza de la puerta y la levantó hacia el padre. Nunca se hubiera imaginado al padre del modo en el que estaba allí ahora; bien es verdad que, en los últimos tiempos, con la novedad de andar arrastrándose por todas partes, había dejado de preocuparse por lo que sucedía en el resto de la casa, cuando, en realidad, debería haber estado preparado para encontrarse con las cosas algo cambiadas. Pero aun así, aun así, ¿seguía aquél siendo su padre? ¿El mismo hombre que siempre estaba sepultado en la cama cuando, en otros tiempos, Gregor se iba de viaje de

negocios, que las noches en que regresaba a casa lo recibía sentado en su sillón con su batín, que no era capaz de levantarse, sino que, en señal de alegría, sólo levantaba los brazos y que en los escasos paseos que daban juntos algunos domingos al año y en los días de fiesta más señalados, iba siempre muy lento, entre Gregor y la madre, que ya andaban despacio de por sí, envuelto en su viejo abrigo, siempre abriéndose paso hacia delante apoyando cuidadosamente el bastón y que, cada vez que quería decir algo, se paraba y sus acompañantes se congregaban a su alrededor? Pero ahora iba muy derecho, vestido con un terso uniforme azul con botones dorados,

como los que llevan los ordenanzas de los bancos; por encima del cuello de la chaqueta, alto y rígido, se desplegaba su gran papada; bajo las pobladas cejas la mirada de sus negros ojos se abría paso despierta y atenta; los cabellos blancos, antaño desgreñados, lucían ahora un peinado a raya, bochornosamente perfecto y reluciente. Haciendo un arco a lo largo de toda la habitación, tiró al sofá la gorra, que tenía un anagrama dorado, probablemente el de un banco, y, con los extremos de la chaqueta de su uniforme hacia atrás y las manos en los bolsillos, se dirigió hacia Gregor con el rostro enconado. Ni siquiera él mismo sabía lo que iba a hacer; en cualquier

caso levantó los pies a una altura inusitada y Gregor se asombró del enorme tamaño de las suelas de sus botas. Pero no se detuvo, sabía ya desde el primer día de su nueva vida que el padre sólo consideraba adecuado ser estrictamente severo con él. Así que empezó a correr delante del padre, se paraba cuando él se detenía, y volvía a avanzar a toda prisa cada vez que el padre hacía el más mínimo movimiento. Así recorrieron varias veces la habitación sin que ocurriera nada decisivo, incluso sin que todo aquello pareciera siquiera una persecución, dado el ritmo tan lento que llevaban. Por eso Gregor se quedó de momento en el

suelo, porque se temía que el padre pudiera tomarse a mal que escapara por las paredes o por el techo. No obstante, Gregor tuvo que confesarse que no aguantaría mucho tiempo estas carreras, porque, mientras el padre daba un paso, él tenía que hacer un sinnúmero de movimientos. El ahogo empezaba ya a notarse, aunque tampoco antes había tenido unos buenos pulmones. Mientras se tambaleaba a fin de reunir todas sus fuerzas para la carrera, sin poder abrir apenas los ojos, sin pensar en su confusión en otra posibilidad de salvarse más que echar a correr, y habiendo ya casi olvidado que tenía libres las paredes que, allí, no obstante,

estaban tapadas con muebles cuidadosamente tallados, llenos de picos y esquinas..., algo lanzado con poca fuerza pasó volando justo a su lado y cayó rodando ante él. Era una manzana, al instante siguió otra; Gregor se quedó paralizado de horror, seguir corriendo no serviría de nada, porque el padre estaba decidido a bombardearlo. Del frutero del aparador se había llenado los bolsillos y ahora, sin apuntar demasiado, se las iba lanzando una a una. Esas pequeñas manzanas rojas rodaban por el suelo como si estuvieran electrizadas y se chocaban unas con otras. Una manzana lanzada sin fuerza rozó su espalda, pero resbaló sin

hacerle daño. En cambio otra que la siguió de inmediato se incrustó literalmente en la espalda de Gregor; Gregor trató de seguir arrastrándose, como si aquel dolor, sorprendente e increíble, desapareciera cambiando de sitio, pero se sintió como clavado al suelo y se estiró con todos sus sentidos absolutamente confusos. Sólo al lanzar una última mirada pudo ver aún cómo la puerta de su habitación se abría de par en par y cómo la madre, en enaguas, pasaba corriendo ante la hermana que gritaba, pues ésta la había desvestido para que pudiera respirar mejor durante el desmayo, cómo se echaba a correr hacia el padre y por el camino se le iban

cayendo al suelo una tras otra las enaguas que llevaba anudadas, y cómo, tropezando en ellas, se lanzaba sobre el padre y, abrazándolo, completamente unida a él (la vista de Gregor empezaba ya a fallar), le echaba las manos al cuello y le suplicaba que perdonase la vida a Gregor.





III

Al parecer, la grave herida de Gregor, que tardó más de un mes en sanar (como nadie se atrevía a retirarla, la manzana se quedó empotrada en la carne a modo de recuerdo constante), hizo pensar incluso al padre que Gregor, a pesar de su triste y repugnante aspecto actual, era un miembro de la familia al que no podía tratarse como a un enemigo, sino frente al cual la promesa del deber familiar era tragarse la repugnancia y ser pacientes, nada más que ser pacientes.

Y aunque Gregor, que a consecuencia de su herida probablemente, había perdido para siempre la movilidad y, de momento, para atravesar su habitación necesitaba muchos, muchos minutos, igual que un viejo inválido (trepar por las alturas era algo impensable), obtuvo a cambio de este empeoramiento de su estado una compensación más que suficiente en su opinión por el hecho de que ahora, al llegar la noche, se abría la puerta del cuarto de estar, que él solía observar fijamente ya una o dos horas antes, de manera que, tumbado en la oscuridad de su habitación, sin que se lo viera desde el cuarto de estar, él podía ver a toda la

familia a la luz de la mesa iluminada y escuchar sus conversaciones en cierto modo con el consentimiento general, es decir, de una forma completamente distinta a como lo había hecho hasta ahora.

Claro que ya no eran aquellas vivas conversaciones de antaño, en las que Gregor siempre pensaba con cierta nostalgia en las pequeñas habitaciones de hotel, cuando, fatigado, tenía que meterse entre las sábanas húmedas. La mayoría de las veces todo transcurría con demasiada tranquilidad. El padre se dormía enseguida en su sillón, después de la cena, y la madre y la hermana se imponían mutuamente silencio; la madre,

muy inclinada bajo la luz, cosía delicada ropa interior para una tienda de moda; la hermana, que había conseguido un puesto como dependienta, estudiaba por las noches taquigrafía y francés, con la esperanza de conseguir después un trabajo mejor. De vez en cuando el padre se despertaba y, haciendo como si no hubiera dormido, le decía a la madre: «¡Cuánto cosas hoy también!», y volvía a dormirse enseguida mientras la madre y la hermana sonreían cansadas.

Con cierta tozudez, el padre se negaba a quitarse el uniforme en casa y, mientras la bata colgaba inútilmente en la percha, él dormitaba en su sitio completamente vestido, como si

estuviera siempre dispuesto para el servicio y también allí esperase oír la voz de su superior. A consecuencia de ello, el uniforme, que no era nuevo ya en un principio, perdió su lustre a pesar de todo el cuidado de la madre y la hermana, y a menudo Gregor se pasaba noches enteras mirando aquel reluciente traje, cada vez más ajado, con sus botones dorados siempre limpios, con el que el anciano dormía muy incómodo y, sin embargo, tranquilo.

En cuanto el reloj daba las diez, la madre intentaba despertar al padre hablándole en voz baja para luego convencerlo de que se fuera a acostar, porque este no era un sueño en

condiciones y eso era lo que, por encima de todo, él necesitaba, pues a las seis tenía que empezar a trabajar. Pero con la obstinación que se había apoderado de él desde que era ordenanza insistía una y otra vez en quedarse un rato más en la mesa, a pesar de que siempre se dormía, y luego sólo con el mayor de los esfuerzos podían convencerlo para cambiar el sillón por la cama. Por mucho que la madre y la hermana le insistieran con suaves reprimendas, seguía negando lentamente con la cabeza durante un cuarto de hora, mantenía los ojos cerrados y no se levantaba. La madre le tiraba de la manga, le susurraba palabras cariñosas al oído y

la hermana dejaba su trabajo para ayudarla, pero al padre no le hacían ningún efecto. Él se hundía más y más en su sillón. No abría los ojos hasta que las mujeres no lo agarraban por las axilas, entonces miraba alternativamente a la madre y a la hermana y acostumbraba a decir: «Vaya vida. Esta es la paz de mis días de vejez». Y, apoyado en ambas mujeres, se levantaba con mucha dificultad, como si para él mismo fuera una carga enorme, dejaba que lo llevaran hasta la puerta, desde allí se despedía y continuaba luego sólo mientras la madre soltaba a toda prisa sus útiles de costura y la hermana sus plumas para salir corriendo tras él y

continuar ayudándolo.

¿Quién tenía tiempo en aquella familia agotada por el trabajo para ocuparse de Gregor más de lo estrictamente necesario? El presupuesto familiar se reducía cada vez más, habían tenido que despedir a la criada y una sirvienta alta y corpulenta, de cabellos canos y ondulados, venía por las mañanas y por las tardes para hacer el trabajo más pesado; el resto lo hacía la madre, aparte de las muchas labores de costura. Además, por lo que Gregor dedujo de la conversación general sobre el precio alcanzado, incluso habían tenido que vender diversas joyas de familia que antaño la madre y la

hermana habían lucido entusiasmadas en reuniones y fiestas. Pero la mayor de sus quejas era siempre el hecho de no poder dejar esa vivienda, demasiado grande dadas las actuales circunstancias, porque no podían ni imaginarse cómo trasladar a Gregor. Pero Gregor se percató de que no era sólo la consideración hacia él lo que les impedía mudarse, pues habrían podido transportarlo fácilmente en un cajón adecuado con unos agujeros para el aire; lo que principalmente disuadía a la familia de una mudanza era más bien la desesperación total y la idea de que habían sido golpeados por una desgracia como no la había sufrido nadie en todo

su círculo de familiares y conocidos. Lo que el mundo exigía a los pobres, ellos lo cumplían hasta la saciedad: el padre iba a buscar el desayuno para los modestos empleados de banca, la madre se sacrificaba por la ropa interior de desconocidos, la hermana corría de un lado a otro tras el mostrador siguiendo los mandatos de los clientes, pero las fuerzas de la familia ya no daban para más. Y a Gregor empezaba a dolerle la herida de la espalda como si fuera reciente cada vez que la madre y la hermana, tras haber llevado al padre a la cama, regresaban, dejaban a un lado el trabajo y se sentaban una al lado de la otra, muy juntas, cada vez que la madre,

señalando hacia la habitación de Gregor, decía: «Cierra la puerta, Grete», y cada vez que él volvía a quedarse sumido en la oscuridad, mientras al lado las mujeres derramaban sus lágrimas o miraban fijamente la mesa sin llorar.



Gregor pasaba los días y las noches casi sin dormir. De vez en cuando pensaba que la próxima vez que se abriera la puerta volvería a coger las riendas de los asuntos de la familia exactamente igual que antes; en sus pensamientos volvieron a aparecer después de mucho tiempo el jefe y el apoderado, el dependiente y los aprendices, el mozo de los recados que era tan lerdo, dos o tres amigos de otras empresas, una camarera de un hotel de provincias, el recuerdo feliz y fugaz de la cajera de una sombrerería a la que había pretendido formalmente, aunque con demasiados titubeos...; todos ellos

aparecían entremezclados con desconocidos o con personas ya olvidadas, pero, en lugar de ayudarlos a él y a su familia, todos eran inaccesibles y se alegraba cuando desaparecían. Pero luego no volvía a tener ganas de preocuparse de su familia, sino que tan sólo sentía rabia por lo mal que lo cuidaban y, aunque no podía imaginarse nada que le hubiera despertado el apetito, sí que hizo planes de cómo podría llegar a la despensa para coger de allí lo que le conviniera, aunque no tuviera hambre. Sin pensar ya en qué podría agradar más a Gregor, la hermana, por la mañana y a mediodía, antes de marcharse corriendo al trabajo,

metía en la habitación de Gregor con el pie y a toda prisa cualquier cosa de comer para volver a recogerla por la noche con el palo de la escoba, sin fijarse en si la comida le había gustado o si, como era lo habitual, la había dejado completamente intacta. La limpieza de la habitación, que ahora hacía siempre por las noches, no podía realizarse con mayor rapidez. Por las paredes se extendían franjas de suciedad, por todas partes había ovillos de polvo y porquería. Al principio, al llegar la hermana, Gregor se situaba en un rincón especialmente llamativo para, en cierto modo, hacerle un reproche desde esa posición. Pero hubiera podido

permanecer allí durante semanas sin que la hermana hubiera mejorado; veía la suciedad exactamente igual que él, pero había decidido dejarla allí. Además, con una nueva sensibilidad, que parecía haberse apoderado de toda la familia, se cuidaba muy bien de que la limpieza de la habitación de Gregor se le reservara a ella. En una ocasión, la madre se puso a limpiar a fondo la estancia de Gregor, algo que sólo consiguió tras emplear varios cubos de agua (la mucha humedad, no obstante, también molestaba a Gregor, y se quedó tumbado todo lo largo que era, amargado e inmóvil, en el sofá), pero la madre no se libró del castigo. Pues por la noche, en

cuanto la hermana notó los cambios en la habitación de Gregor, entró sumamente ofendida en el cuarto de estar y, a pesar de que la madre le suplicaba con las manos levantadas, estalló en un mar de lágrimas que los padres (el padre, naturalmente, se había levantado sobresaltado de su silla) primero contemplaron asombrados e impotentes, hasta que luego también empezaron a conmoverse; el padre, a su derecha, reprochaba a la madre que no le hubiera dejado la limpieza de la habitación de Gregor a la hermana; en cambio la hermana, a su izquierda, le decía a gritos que no volvería a limpiar la habitación de Gregor, mientras la

madre trataba de llevar al dormitorio al padre, que estaba fuera de sí de puro nerviosismo; la hermana, turbada por los sollozos, no paraba de dar golpes en la mesa con sus pequeños puños, y Gregor silbaba de pura rabia porque a nadie se le ocurría cerrar la puerta y ahorrarse ese espectáculo y ese ruido.

Pero incluso si la hermana, agotada por el trabajo, estuviera harta de cuidar de Gregor como antes, la madre no tenía por qué haberla sustituido, y no se habría descuidado a Gregor. Pues para eso estaba allí la sirvienta. A esa anciana viuda que, en su larga vida, debía de haber soportado cosas bien duras con ayuda de su fuerte

constitución, Gregor no le daba ningún asco. Sin sentir ninguna curiosidad, un día había abierto casualmente la puerta de la habitación y, al ver a Gregor que, totalmente sorprendido, a pesar de que nadie lo perseguía, había empezado a correr de un lado para otro, se quedó allí de pie, mirándolo con los brazos cruzados. Desde ese momento no dejó de abrir siempre un poco la puerta por la mañana y por la tarde para verlo. Al principio incluso lo llamaba con palabras que, probablemente, ella consideraba amables, como «¡Ven aquí, viejo escarabajo!» o «¡Mirad ese viejo escarabajo!». Gregor no contestaba nada a tales insinuaciones, sino que se

quedaba inmóvil en su sitio, como si la puerta no se hubiera abierto. ¡Si a esa sirvienta le hubieran dado la orden de limpiar a diario su habitación en lugar de dejar que lo molestara inútilmente según le viniera en gana...! En una ocasión en que, por la mañana temprano (una fuerte lluvia golpeaba los cristales, tal vez una señal de que iba a llegar la primavera), cuando la sirvienta empezó otra vez con su verborrea, Gregor se enojó tanto que, aun lento y renqueante, se volvió hacia ella como para atacarla. Pero la sirvienta, en lugar de asustarse, se limitó a levantar una silla que estaba cerca de la puerta y, según estaba allí, con la boca bien abierta, dejó clara su

intención de no cerrarla hasta que la silla que tenía en las manos hubiera acabado en la espalda de Gregor.



—¿Es que ya no quieres más? — preguntó a Gregor mientras éste se daba la vuelta, y volvió a dejar la silla en el suelo.

Ahora Gregor ya no comía casi nada. Sólo si por casualidad pasaba junto a la comida que le preparaban se metía un pedazo en la boca para entretenerse, lo mantenía allí durante horas y luego lo escupía. Primero pensó que lo que le impedía comer era la pena de ver el estado de su habitación, pero casualmente se había familiarizado muy pronto con los cambios. Se habían acostumbrado a dejar allí cosas que no podían colocar en otro sitio, y ahora

había ya muchas, porque habían alquilado una habitación de la casa a tres inquilinos. Estos caballeros tan serios (los tres tenían barba, tal como Gregor pudo comprobar a través de una rendija de la puerta) eran muy estrictos con el orden, no sólo en su habitación, sino, dado que se habían instalado allí, en toda la casa, en especial en la cocina. No soportaban los trastos inútiles ni sucios. Además, habían traído consigo la mayoría de sus enseres. Por ese motivo sobraban muchas cosas que no se podían vender, pero que tampoco se querían tirar. Todas esas cosas fueron a parar a la habitación de Gregor. También el cajón de las cenizas y el

cubo de la basura de la cocina. La sirvienta, que siempre tenía prisa, se limitaba a arrojar a la habitación de Gregor todo lo que de momento resultaba inservible; por fortuna, la mayoría de las veces Gregor sólo veía el objeto en cuestión y la mano que lo sostenía. A lo mejor la sirvienta tenía la intención de volver a sacar las cosas cuando tuviese tiempo y se presentase la ocasión, o tirarlas todas de golpe, pero de hecho seguían allí donde habían caído la primera vez, si es que Gregor no se metía por entre los trastos y los hacía moverse, primero obligado porque no había más sitio libre por donde arrastrarse, pero luego cada vez con

mayor placer, aunque tras tales paseos, muerto de cansancio y muy triste, volvía a quedarse quieto durante horas.

Como los inquilinos a veces también cenaban en casa, en el cuarto de estar común, la puerta de éste permanecía cerrada algunas noches, pero a Gregor no le resultó difícil renunciar a que se abriera la puerta, pues incluso algunas noches en las que sí había estado abierta no lo había aprovechado, sino que, sin que la familia lo notara, se había quedado en el rincón más oscuro de su habitación. Pero en una ocasión la sirvienta había dejado un poco abierta la puerta del cuarto de estar, y seguía abierta cuando los inquilinos entraron

por la noche y se encendió la luz. Se sentaron a la cabecera de la mesa, donde en otros tiempos comían el padre, la madre y Gregor, desdoblaron las servilletas y agarraron cuchillo y tenedor. Enseguida apareció en la puerta la madre con una fuente de carne y justo detrás de ella la hermana con una fuente llena de patatas. De la comida salía el humo del vapor. Los inquilinos se inclinaron sobre las fuentes, dispuestas delante de ellos, como si quisieran probar su contenido antes de empezar a comer, y, de hecho, el que estaba sentado en el medio y que parecía tener autoridad sobre los otros dos cortó un pedazo de carne en la misma fuente, al

parecer para comprobar si estaba lo suficientemente tierna y no había que enviarla de vuelta a la cocina. Quedó satisfecho y la madre y la hermana, que habían estado observando expectantes, empezaron a sonreír aliviadas.





La familia comía en la cocina. A pesar de ello, el padre, antes de ir allí, entraba en ese cuarto y, con la gorra en la mano, daba una vuelta a la mesa haciendo una sola reverencia. Todos los inquilinos se levantaban y murmuraban algo para sus adentros. Cuando luego se quedaban solos comían casi en completo silencio. A Gregor le resultaba curioso que de entre los diversos ruidos de la comida no oyera más que los de los dientes al masticar, como si tuvieran que demostrarle a Gregor que para comer hacían falta dientes y que incluso, por muy hermosas que fueran unas mandíbulas, sin ellos no servían para

nada. «Pero si tengo apetito», se decía Gregor preocupado, «pero no de esas cosas. ¡Hay que ver cómo comen los inquilinos y yo me estoy muriendo!».

Aquella misma noche (Gregor no recordaba haber estado oyéndolo todo el tiempo) se escuchó el violín en la cocina. Los inquilinos habían terminado ya de cenar, el del medio había cogido un periódico y les había dado a los otros dos una hoja a cada uno, y ahora estaban leyendo recostados y fumando. Al empezar a sonar el violín se despertó su atención, se levantaron y fueron de puntillas hasta la puerta del vestíbulo, en la que se detuvieron bien apiñados. Debían de haberlos oído en la cocina,

porque el padre exclamó:

—¿Les molesta la música a los señores? Podemos dejarlo ahora mismo.

—Al contrario —dijo el caballero del medio—, ¿no querría la señorita venir y tocar para nosotros aquí en el cuarto de estar, que es más cómodo y más acogedor?

—¡Oh, por supuesto! —dijo el padre, como si fuera él el que tocaba el violín. Los caballeros regresaron al cuarto de estar y esperaron. Pronto llegaron el padre con el atril, la madre con la partitura y la hermana con el violín. Ésta preparó tranquilamente todo lo que necesitaba para tocar; los padres, que nunca hasta entonces habían

alquilado habitaciones y por ello exageraban su amabilidad con los caballeros, ni siquiera se atrevieron a sentarse en sus propias sillas; el padre se apoyó en la puerta con la mano derecha entre dos botones de la librea abrochada; a la madre, en cambio, uno de los caballeros le ofreció una silla y, como no la movió, se sentó allí donde el caballero la había puesto casualmente, apartada en un rincón.

La hermana empezó a tocar; el padre y la madre, cada cual desde su sitio, seguían atentos los movimientos de sus manos. Gregor, atraído por la música, se había atrevido a avanzar un poco y tenía ya la cabeza en el cuarto de estar.

Apenas se extrañó de tener tan poca consideración hacia los demás en los últimos tiempos, antaño esa consideración había sido su orgullo. Y, además, precisamente ahora tenía más motivos que nunca para esconderse, porque a consecuencia del polvo que había en su habitación por todas partes y que salía volando al más mínimo movimiento, él también estaba completamente cubierto de polvo; en la espalda y en los costados llevaba hilos, cabellos, restos de comida, su indiferencia hacia todo era tan grande como para tumbarse de espaldas y restregarse contra la alfombra, tal como hacía antes varias veces al día. Y, a

pesar de este estado, no le daba ninguna vergüenza avanzar un trecho por el suelo impoluto del cuarto de estar.

De todos modos, nadie le prestaba atención. La familia estaba completamente absorta por el sonido del violín; los caballeros, en cambio, que primero se habían situado con las manos en los bolsillos demasiado cerca del atril de la hermana, hasta el punto de que hubieran podido leer las notas, cosa que seguramente debía de molestarla, retrocedieron enseguida, hablando a media voz y con las cabezas inclinadas, hacia la ventana, donde se quedaron, observados por el padre con preocupación. Ahora, de hecho, daba a

todas luces la impresión de que se sentían decepcionados tras haber supuesto que iban a escuchar una pieza de violín bonita o entretenida, de que estaban hartos de la función y sólo se dejaban molestar por pura amabilidad. Especialmente la forma en que echaban hacia arriba el humo de sus cigarros por la nariz y la boca denotaba un gran nerviosismo. Y, sin embargo, la hermana tocaba tan bien... Tenía el rostro inclinado hacia un lado, sus ojos, atentos y tristes, seguían las líneas de la partitura. Gregor avanzó un poco más con la cabeza pegada al suelo para poder encontrar su mirada. Si le emocionaba tanto la música, ¿es que era

un animal? Era como si se le señalase el camino hacia aquel alimento anhelado y desconocido. Estaba decidido a llegar hasta su hermana, tirarle de la falda y de esa forma hacerle ver que podía ir a su habitación con el violín, porque allí nadie la recompensaría por su música como él pensaba hacerlo. No la dejaría volver a salir de su habitación, al menos mientras él viviese, su horrible figura iba a serle útil por primera vez, estaría al mismo tiempo en todas las puertas de su habitación y se encararía con los atacantes; pero la hermana no debía quedarse con él por la fuerza, sino por propia voluntad, se sentaría a su lado en el sofá, inclinaría el oído hacia él y

entonces él le contaría que tenía la firme intención de enviarla al conservatorio, y que, de no haber acaecido entre medias aquella desgracia, las pasadas navidades (las navidades ya habían pasado, ¿no?) se lo habría dicho a todos sin preocuparse por las réplicas. Una vez dicho esto, la hermana estallaría en lágrimas de emoción y Gregor se le subiría hasta el hombro y le besaría el cuello que, desde que iba a trabajar, llevaba descubierto, sin cintas ni pañuelos.



—¡Señor Samsa! —exclamó el caballero del medio dirigiéndose al padre y, sin decir una palabra más, señaló con el índice hacia Gregor, que avanzaba lentamente. El violín enmudeció, el caballero del medio sonrió a sus amigos moviendo la cabeza y luego volvió de nuevo la vista hacia Gregor. El padre, en lugar de echar a Gregor, consideró necesario tranquilizar primero a los inquilinos, a pesar de que éstos no estaban nerviosos y Gregor parecía entretenerlos más que el violín. Corrió hacia ellos y, extendiendo los brazos, trató de meterlos en su cuarto, al tiempo que con su cuerpo trataba de

evitarles la visión de Gregor. Entonces sí que se enfadaron un poco, no se sabía si por la actitud del padre o porque ahora habían empezado a ver que, sin saberlo, tenían un vecino de habitación de esas características. Levantando también los brazos, exigían explicaciones al padre tirándose nerviosos de la barba, aunque, poco a poco, fueron retrocediendo hasta su habitación. Entretanto la hermana había superado el desconcierto en el que se había sumido tras la repentina interrupción de la pieza y, tras haber seguido sujetando un rato el arco y el violín con las manos quietas y caídas y mirando las notas, como si aún estuviera

tocando, se había repuesto de repente, había dejado el instrumento en el regazo de la madre, que continuaba sentada en su silla con dificultades para respirar, con los pulmones haciendo un gran esfuerzo, y había salido disparada a la habitación contigua, a la que los inquilinos, apremiados por el padre, se aproximaban cada vez más. Pudo verse cómo, en las manos expertas de la hermana, las sábanas y las almohadas de las camas volaban por los aires y se ordenaban. Antes incluso de que los caballeros hubieran llegado a la habitación había terminado de hacer las camas y se había esfumado. El padre parecía estar otra vez tan obcecado en

su testarudez que olvidó todo el respeto que les debía a sus inquilinos. No dejaba de apremiarles, hasta que ya en la puerta de la habitación el caballero de en medio dio una sonora patada en el suelo que le hizo detenerse.

—Les notifico —dijo levantando la mano y buscando con la mirada a la madre y a la hermana— que, considerando las repugnantes circunstancias que concurren en esta vivienda y en esta familia —en este punto escupió en el suelo sin pensárselo —, dejo la habitación en este mismo momento. Como es natural no pagaré absolutamente nada por los días que he vivido aquí; es más, tendré que

pensarme si no procederé con alguna reclamación contra ustedes, cosa que, créanme, sería muy fácil de justificar.

Calló y miró al frente, como si esperase algo. En efecto, sus dos amigos intervinieron con estas palabras:

—Nosotros también la dejamos en este mismo instante.

A continuación agarró el picaporte y cerró dando un portazo. Tambaleándose y tanteando con las manos, el padre fue hacia su sillón y se dejó caer en él; parecía como si se estuviera estirando para su acostumbrada siestecita nocturna, pero la grave inclinación de su cabeza falta de sujeción dejaba ver que no dormía en absoluto. Gregor había

permanecido todo el tiempo en silencio, en el mismo sitio en que lo habían descubierto los inquilinos. La decepción por el fracaso de su plan, pero quizá también la debilidad provocada por la mucha hambre pasada, le impedían moverse. Temía con cierta razón que de un momento a otro se desencadenase sobre él un terremoto general, y aguardaba. Ni siquiera lo sobresaltó el violín que, por entre los temblorosos dedos de la madre, se cayó de su regazo provocando un ruido que no dejaba de retumbar.

—Queridos padres —dijo la hermana dando un golpe con la mano en la mesa a modo de introducción—, no

podemos seguir así. A lo mejor vosotros no lo veis, pero yo sí lo veo. No quiero pronunciar el nombre de mi hermano ante este bicho y por eso digo simplemente que tenemos que tratar de quitárnoslo de encima. Hemos intentado todo lo humanamente posible para cuidarlo y aceptarlo, no creo que nadie pueda hacernos el más mínimo reproche.

—Tiene toda la razón —dijo el padre para sus adentros. La madre, que seguía sin poder respirar bien, empezó a toser sofocadamente en la mano que se había puesto sobre la boca con la mirada perdida.

La hermana se apresuró a ir con ella y le puso la mano en la frente. El padre

parecía haberse enfrascado en algún pensamiento concreto tras las palabras de la hermana; se había incorporado, jugueteaba con la gorra por entre los platos, que desde la cena de los inquilinos seguían aún en la mesa, y de vez en cuando miraba a Gregor, que seguía en silencio.

—Tenemos que tratar de quitárnoslo de encima —dijo entonces la hermana, dirigiéndose únicamente al padre, pues la madre no oía nada con la tos—, os va a matar a los dos, lo veo venir. Cuando uno tiene que trabajar tan duro como todos nosotros, no es posible soportar en casa esta eterna tortura. Yo tampoco puedo ya más —y se echó a llorar con

tal fuerza que sus lágrimas caían sobre el rostro de la madre, que se las secaba mecánicamente con la mano.

—Hija —dijo el padre compasivo y con sorprendente comprensión—, ¿qué podemos hacer?

La hermana sólo movió los hombros haciendo ver la perplejidad que, en contraste con su anterior seguridad, se había apoderado de ella mientras lloraba.

—Si al menos nos entendiera... —dijo el padre en tono algo inquisitivo; la hermana, entre sollozos, movió la mano en señal de que ni siquiera había que pensar en ello.

—Si al menos nos entendiera... —

repitió el padre y, cerrando los ojos, hizo suya la convicción de la hermana respecto de esa imposibilidad—, entonces tal vez fuera posible llegar a un acuerdo con él. Pero así...



—Hay que echarlo —exclamó la hermana—, es la única forma posible, padre. Sólo tienes que dejar de pensar que es Gregor. Nuestra verdadera desgracia ha sido haber seguido pensándolo durante tanto tiempo. Pero ¿cómo puede ser Gregor? Si fuera Gregor ya se habría dado cuenta hace tiempo de que no es posible la convivencia entre las personas y un animal así, y se habría marchado voluntariamente. Ya no tendríamos un hermano, pero podríamos continuar viviendo y conservaríamos su recuerdo con honor. Pero así este animal nos persigue, echa a los inquilinos, está

claro que quiere hacerse con toda la casa y que nosotros durmamos en la calle. ¡Mira, padre! —gritó de repente—, ¡ya empieza otra vez! —y, con un pavor incomprensible para Gregor, la hermana dejó incluso a la madre, se alejó tal cual de su silla, como si prefiriera sacrificar a la madre antes que seguir cerca de Gregor y corrió a meterse detrás del padre que, irritado por su comportamiento, también se puso de pie y levantó los brazos a media altura, como para proteger a la hermana frente a ella.

Pero a Gregor ni se le había pasado por la cabeza querer hacer daño a nadie, y mucho menos a su hermana. No había

hecho más que empezar a darse la vuelta para regresar a su habitación, cosa que precisamente llamaba la atención puesto que, a consecuencia de su estado enfermizo, para los giros difíciles tenía que ayudarse de la cabeza, que levantaba y golpeaba contra el suelo un montón de veces. Se detuvo y miró a su alrededor. Al parecer se habían dado cuenta de sus buenas intenciones, sólo había sido un susto momentáneo. Ahora todos lo miraban tristes y en silencio. La madre estaba en su silla, con las piernas extendidas y apretadas una contra otra, los ojos casi se le cerraban de puro agotamiento; el padre y la hermana estaban sentados uno al lado del otro, la

hermana había puesto la mano en el cuello del padre.

«Ahora quizás ya pueda darme la vuelta», pensó Gregor y volvió otra vez a su tarea. No podía contener los resuellos por el esfuerzo y, de vez en cuando, tenía que descansar. Por lo demás, nadie lo apremiaba, se lo habían dejado todo a él. Una vez completado el giro, empezó enseguida a retroceder todo recto. Se asombró al ver la gran distancia que lo separaba de su habitación sin comprender en absoluto cómo, con su debilidad, había recorrido el mismo camino hacía nada casi sin notarlo. Concentrado únicamente en seguir arrastrándose lo más rápido

posible, apenas se percató de que no le molestaba ni una sola palabra, ni un grito de su familia. No volvió la cabeza hasta llegar a la puerta, no del todo, porque sentía cómo el cuello se le ponía rígido, pero en cualquier caso vio que a sus espaldas no había cambiado nada, únicamente la hermana que se había puesto de pie. Su última mirada rozó a la madre, que ahora estaba completamente dormida.

Apenas hubo entrado en la habitación, la puerta se cerró a toda prisa, con cerrojo y con llave. Gregor se asustó al oír el ruido a sus espaldas hasta el punto de que las patitas se le doblaron. Era la hermana la que se había

apresurado tanto. Había estado allí de pie, esperando; sin arrastrar los pies se había adelantado entonces de un salto, y Gregor no la había oído llegar ni gritar un «¡por fin!» a los padres mientras giraba la llave en la cerradura.

«¿Y ahora?», se preguntó Gregor mirando a su alrededor en la oscuridad. Pronto descubrió que ya no se podía mover. No le extrañó, más bien le pareció poco natural que de verdad hubiera podido moverse hasta ese momento con esas patitas. Por lo demás, se sentía relativamente cómodo. Ciertamente tenía dolores por todo el cuerpo, pero era como si fueran debilitándose cada vez más y fueran a acabar

desapareciendo del todo. Apenas sentía ya la manzana podrida de la espalda y la inflamación que tenía alrededor, cubierto todo de un fino polvo. Pensaba en su familia con cariño y emoción. Su propia opinión respecto a que debía desaparecer era si cabe más decidida que la de su hermana. Se quedó en ese estado de reflexión vacía y apacible hasta que el reloj de la torre dio las tres de la madrugada. Por la ventana vio todavía la llegada del alba. Luego, sin voluntad, hundió la cabeza por completo y sus orificios nasales exhalaban el último suspiro.

Cuando la sirvienta llegó por la mañana temprano (de pura fuerza y

prisa, y por mucho que le habían pedido que se cuidara de no hacerlo, daba tales portazos que en toda la casa no era posible dormir en paz desde el momento en que llegaba) no encontró nada de particular en su breve visita a Gregor. Pensó que no se movía a propósito y que se hacía el ofendido, pues le creía capaz de cualquier argucia. Como casualmente tenía en la mano la larga escoba, trató de hacerle cosquillas desde la puerta. Como no surtió ningún efecto, se enfadó y golpeó un poco a Gregor, pero no se alertó hasta que lo movió de su sitio sin que éste opusiera ninguna resistencia. Cuando al momento se dio cuenta de lo que ocurría, se quedó perpleja y silbó

para sus adentros, pero no se detuvo mucho, sino que abrió de par en par la puerta del dormitorio y gritó bien alto en medio de la oscuridad:

—¡Fíjense, ha estirado la pata! ¡Ahí está, ha estirado la pata del todo!



El matrimonio Samsa estaba sentado en la cama y le costó trabajo recuperarse del susto que les había dado la sirvienta antes de llegar a comprender lo que estaba diciendo. Pero luego el señor y la señora Samsa, cada uno por su lado, se bajaron rápidamente de la cama; el señor Samsa se echó la colcha sobre los hombros, la señora Samsa apareció sólo con el camisón, y así entraron en la habitación de Gregor. Entretanto se había abierto también la puerta del cuarto de estar, en el que Grete dormía desde que se habían mudado los inquilinos; estaba completamente vestida, como si no

hubiera dormido, su pálido rostro parecía confirmarlo también.

—¿Muerto? —dijo la señora Samsa con una mirada inquisitiva a la sirvienta, a pesar de que ella misma podía comprobarlo, e incluso verlo sin comprobarlo.

—Eso es lo que estoy diciendo —dijo la sirvienta y, como prueba, empujó con la escoba un buen trecho el cadáver de Gregor.

La señora Samsa hizo un movimiento como si quisiera detener la escoba, pero no lo hizo.

—Bueno —dijo el señor Samsa—, ahora podemos dar gracias a Dios.

Se santiguó y las tres mujeres

siguieron su ejemplo. Grete, que no quitaba ojo al cadáver, dijo:

—Mirad lo flaco que estaba. Hacía ya mucho que no comía nada. Las comidas salían igual que entraban.

En efecto, el cuerpo de Gregor estaba completamente plano y seco; en realidad era algo que no había podido verse hasta ese momento, puesto que las patitas ya no lo sostenían y tampoco nada les hacía desviar la mirada.



—Grete, ven un rato con nosotros — dijo la señora Samsa con una sonrisa melancólica, y Grete, no sin volver la vista hacia el cadáver, siguió a los padres al dormitorio. La sirvienta cerró la puerta y abrió la ventana de par en par. A pesar de lo temprano que era, el aire fresco desprendía ya cierta tibieza. Era finales de marzo. Los tres inquilinos salieron de su cuarto y, sorprendidos, buscaron el desayuno: se habían olvidado de ellos.

—¿Dónde está el desayuno? — preguntó enfadado el caballero del medio a la sirvienta. Pero ésta se llevó el dedo a la boca, haciendo un gesto a

los señores, presurosa y sin decir palabra, para que fueran a la habitación de Gregor. Y fueron, y, con las manos en los bolsillos de sus chaquetas algo raídas, se quedaron alrededor del cadáver de Gregor, en la habitación ahora completamente iluminada.

Entonces se abrió la puerta del dormitorio y el señor Samsa apareció con su librea, de un brazo su mujer, del otro su hija. Todos tenían cara de haber llorado un poco; de vez en cuando Grete apretaba la cara contra el brazo del padre.

—¡Salgan ustedes inmediatamente de mi casa! —dijo el señor Samsa señalando hacia la puerta, sin soltar a

las mujeres.

—¿Qué quiere usted decir? —dijo el caballero del medio, algo confuso y con una sonrisa empalagosa. Los otros dos tenían las manos a la espalda y no dejaban de frotárselas, como esperando alegres una gran pelea que habría de acabar favorablemente para ellos.

—Quiero decir exactamente lo que he dicho —respondió el señor Samsa y, en línea con sus dos acompañantes, avanzó hacia el inquilino. Al principio éste se quedó en silencio mirando al suelo, como si las cosas se estuvieran reorganizando en su cabeza.

—Pues entonces nos vamos —dijo levantando la vista hacia el señor

Samsa, como si, en un repentino ataque de humildad, pidiera un nuevo permiso incluso para tomar esa decisión. El señor Samsa se limitó a asentir varias veces con los ojos bien abiertos. A continuación, el caballero entró a grandes pasos en el vestíbulo; sus dos amigos habían estado escuchando un ratito, sin mover las manos, y ahora lo seguían derechos, dando saltitos, como con miedo de que el señor Samsa pudiera entrar en el vestíbulo antes que ellos e impedir que se unieran a su líder. En el vestíbulo los tres cogieron los sombreros del perchero, sacaron los bastones de la bastonera, hicieron una reverencia en silencio y salieron de la

casa. Con una desconfianza, tal como se vio, absolutamente injustificada, el señor Samsa salió al rellano con las dos mujeres; apoyados en la barandilla vieron cómo los tres caballeros bajaban la larga escalera, despacio pero sin pausa, desapareciendo en cada piso en un recodo concreto de la escalera y volviendo a aparecer unos segundos después; cuanto más bajaban, más se perdía el interés de la familia Samsa por ellos y como se cruzaron con el mozo de una carnicería, que llevaba la carga en la cabeza en actitud muy arrogante, y que luego continuó subiendo, el señor Samsa no tardó en abandonar la barandilla con las mujeres y todos volvieron a entrar en

casa aliviados.

Decidieron dedicar aquel día a descansar y a pasear; no sólo se habían merecido esa pausa en el trabajo, sino que incluso la necesitaban sobremanera. Así que se sentaron a la mesa y escribieron tres cartas para excusarse, el señor Samsa a su director, la señora Samsa a su patrón y Grete al dueño de la tienda. Mientras escribían entró la sirvienta para decir que se iba porque había terminado su trabajo matinal. Al principio los tres escribientes se limitaron a asentir con la cabeza, sin levantar la vista; sólo cuando vieron que la sirvienta no se marchaba la miraron fastidiados.

—¿Y bien? —preguntó el señor Samsa. La sirvienta seguía en la puerta, sonriente, como si tuviera que anunciar a la familia una buena noticia, pero que sólo lo haría si la interrogaban con todo detalle. La pequeña pluma de avestruz de su sombrero, prácticamente vertical, que tanto había enojado al señor Samsa desde que estaba a su servicio, se movía ligeramente en todas las direcciones.

—¿Qué es lo que quiere usted? —preguntó la señora Samsa, a la que la sirvienta tenía más respeto.

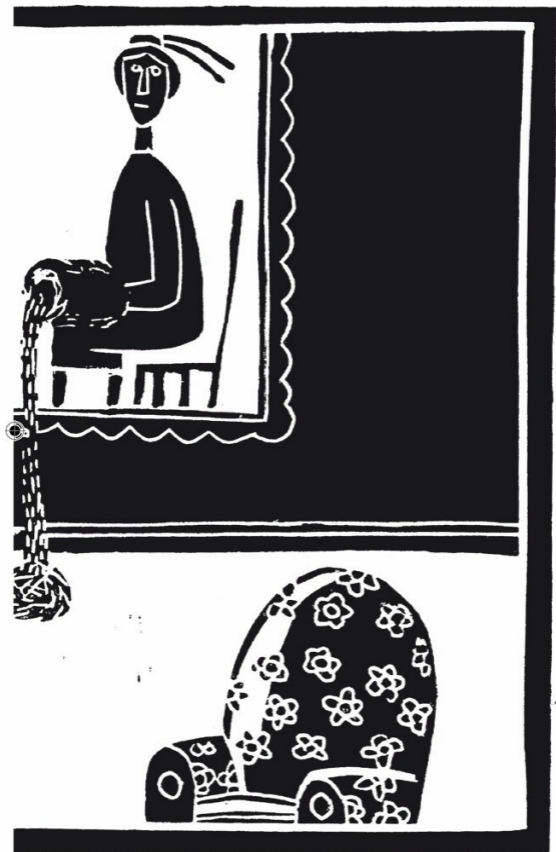
—Bueno —respondió la sirvienta y no pudo seguir hablando de la risa tan graciosa que le entró—, pues que no tienen que preocuparse por cómo

deshacerse de la cosa esa de ahí. Ya está todo arreglado.

La señora Samsa y Grete se inclinaron sobre sus cartas, como si quisieran seguir escribiendo; el señor Samsa, que se percató de que la sirvienta quería empezar a contarle todo con sumo detalle, se lo impidió extendiendo la mano decidido. Así que, como no podía contarle, se acordó de la mucha prisa que tenía y dijo, visiblemente ofendida:

—Adiós a todos —se volvió con rabia y salió de la casa dando un portazo tremendo.





—Esta noche la despido —dijo el señor Samsa, pero ni su mujer ni su hija le respondieron, porque la sirvienta parecía haber perturbado la calma que apenas acababan de recobrar. Se levantaron, fueron hacia la ventana y se quedaron allí abrazadas. El señor Samsa giró la silla hacia ellas y se quedó observándolas unos instantes. Luego dijo:

—Venid aquí. Dejad de una vez todo lo pasado. Y tened un poco de consideración conmigo.

Las mujeres lo obedecieron al instante, corrieron hacia él, le hicieron algunas caricias y terminaron de escribir

sus cartas rápidamente. Entonces los tres salieron juntos de casa, cosa que no habían hecho desde hacía meses y se dirigieron a las afueras en el tranvía. El cálido sol iluminaba todo el vagón, en el que iban solos. Cómodamente reclinados en sus asientos conversaban sobre sus perspectivas de futuro y llegaron a la conclusión de que, mirándolo bien, no eran tan malas, porque los tres trabajos que tenían y sobre los que, en realidad, no habían hablado entre ellos, eran muy aceptables y especialmente prometedores para el futuro. Naturalmente una rápida mejora de la situación sería mucho más fácil de lograr si se mudaran de casa; ahora

querían una más pequeña y más barata, pero mejor situada y, sobre todo, más práctica de lo que era la actual, escogida por Gregor. Mientras conversaban así, el señor y la señora Samsa, viendo a su hija cada día más llena de vida, se dieron cuenta casi a la vez de cómo en esos últimos tiempos, a pesar de todos los sufrimientos que habían hecho palidecer sus mejillas, se había convertido en una joven lozana y hermosa. Callando y entendiéndose con miradas, casi de manera inconsciente, pensaron en que ya era hora de buscarle un buen hombre. Y cuando la hija, al final del trayecto, se levantó la primera y estiró su joven cuerpo, vieron en ello

una confirmación de sus nuevos sueños y de sus buenas intenciones.



Epílogo

No es tarea fácil intentar una nueva interpretación de una obra como *La metamorfosis*. Tampoco es ésta, en cualquier caso, la finalidad de este breve epílogo, sino pretender tan sólo que aquel que acaba de concluir la lectura del que, sin duda, es el texto más conocido de Franz Kafka entienda lo mucho que el autor puso en él de su propia persona y, por ende, cómo la escritura kafkiana se caracteriza en su totalidad por el reflejo de las inquietudes del día a día de un hombre

que vivió en un momento difícil (la última etapa del reinado del emperador Francisco José, el breve reinado del emperador Carlos y la Primera Guerra Mundial), en un entorno difícil (el reino de Bohemia determinado en su cotidianidad por el conflicto entre checos y alemanes). De otro modo sería difícil entender la metáfora del individuo que, sin saber cómo ni por qué, acaba siendo metamorfoseado por la sociedad, sin posibilidad alguna de volver atrás.

Como punto de anclaje al que aferrarse en su encrucijada vital, a la que se unió además un constante sentimiento de culpabilidad por no

cumplir las expectativas paternas, Kafka escogió la literatura como medio a través del cual dar rienda suelta a su voz interior. Ya en una carta a su amigo Oskar Pollak, fechada en enero de 1904, esto es, cuando sólo tenía veinte años, escribe: «[...] un libro tiene que ser el hacha que resquebraje el mar helado que hay dentro de nosotros». Precisamente durante aquellos años en los que Kafka presentía ya que su interior se convertiría en un mar helado sin espacio para otra cosa que no fuese la palabra escrita, el futuro escritor leía los diarios y cartas de autores como Hebbel, Goethe, Schiller, Kleist, Grillparzer, Mörike, Stifter, Dickens, Dostoievski o

Flaubert. Para él este tipo de escritura diarística poseía un valor mucho mayor que las obras de ficción de estos mismos autores, pues con ella daban voz a su propio mundo interior, algo difícil de llevar a cabo con la misma soltura en la ficción. Es evidente que con estas lecturas buscaba en otros hombres experiencias en cierto modo similares a las suyas, que pudieran iluminar su situación personal y ayudarlo a conseguir una vía de expresión escrita para su complejo mundo interior. Tal vez por ello sea en las numerosas cartas y diarios que escribió a lo largo de su breve vida donde se ocultan las principales claves para entender el

conjunto de su producción literaria.

Fue Pollak precisamente quien debió de animarle a escribir ya muy pronto, durante sus años de estudiante. Por desgracia, no se ha conservado ningún texto de aquella época, solamente apuntes al respecto en sus diarios y cartas. En su propia casa nadie lo animaba a ello, pues ninguno de sus miembros consideraba la escritura como una actividad adecuada para el único hijo varón, predestinado como tal ya desde pequeño a continuar con el negocio familiar. El padre, Hermann Kafka, nacido en el seno de una familia de carniceros en un pueblo del sur de Bohemia, había emigrado a Praga una

vez finalizado el servicio militar. Hablante de checo y alemán, contrajo allí matrimonio con Julie Löwy, hija de una acomodada familia judía de Podiebrad, entre cuyos miembros se contaban médicos, hombres de letras y algunos solterones. De constitución débil en general, Kafka manifestó siempre sentirse atraído de forma particular por los miembros de esta rama de su familia, de cuya sensibilidad, introversión y timidez se consideraba heredero. Tras el matrimonio, el padre abrió una mercería que les fue proporcionando cada vez mayores ingresos y, con ellos, su ascenso en la escala social, hecho que conllevaría a su

vez diversos cambios de vivienda, así como también de sinagoga, de la checa a la alemana.

En aquella época Praga era una ciudad socialmente explosiva y culturalmente efervescente. La ciudad contaba entonces con 450 000 habitantes, el 90% de los cuales eran checos, y de ellos 14 000 judíos; de los 34 000 germanohablantes, 11 000 eran judíos, una proporción evidentemente mucho más elevada. La clase alta de la burguesía praguense estaba constituida principalmente por alemanes, que dominaban la administración pública y residían en la ciudad antigua y el distrito de Malá Strana, mientras la población

checa mayoritaria y con un alto crecimiento habitaba la ciudad nueva y el extrarradio. A pesar de que la práctica religiosa no llegó a tener en el seno de su familia el peso y la importancia que hubiera sido de esperar (las primeras manifestaciones del interés de Kafka respecto de la cultura judía tuvieron lugar muy tarde, en 1917, tras la entrada en contacto con un grupo de teatro yidis), Hermann Kafka, como miembro de la minoría judía de habla alemana, sabía muy bien de la necesidad de asimilarse al primer grupo si quería alcanzar mayor prestigio e influencia social, para lo cual decidió enviar a sus hijos a escuelas alemanas. De este

modo, sus descendientes continuarían hablando también ambas lenguas: alemán en la escuela y en la familia, checo en la calle y con el personal de servicio. No obstante, la clase media judía, culturalmente desarraigada, vivía en una crisis de identidad continua y, pese a la actitud ambivalente de la mayoría de los judíos hacia la monarquía austriaca, mantenían la idea de que el gobierno de Viena, que se encontraba ya en una situación débil y claudicante, era el único medio de garantizar la ley y el orden frente a los crecientes ataques del antisemitismo checo, que no sólo tenía raíces culturales y políticas, sino también

económicas. Esa crisis se manifestaba también en la propia lengua que hablaban y que para Kafka supuso un problema constante, pues dudaba de su capacidad para describir la realidad. Las dudas al respecto fueron incrementándose día a día, sobre todo porque era consciente de que el alemán que hablaba, el alemán de Praga, era una lengua aislada, incluso artificial, resultado de la mezcla con el alemán de Praga del yidis de las comunidades rurales emigradas a la ciudad en busca de una mayor tolerancia, una variante imposible de entender incluso por aquellos que tenían el alemán como lengua materna. Esta situación

lingüística originaba un grave problema entre los escritores praguenses de su época, que se reflejaba por lo general en una acusada necesidad de diferenciar entre esta lengua hablada y la lengua escrita, que había de estar libre de todas estas mezclas. Precisamente por ello el alemán de Kafka resulta en algunas ocasiones un poco peculiar tanto en lo relativo a la sintaxis como al léxico, un hecho reforzado a su vez por la estricta exigencia de escribir en un alemán correcto que el autor constantemente se imponía a sí mismo.

El hecho de que Kafka encontrara tan pronto refugio en la escritura no es en absoluto el argumento que explica la

calidad de sus textos, pero sí el hecho de que su literatura se desarrollara en esa dirección concreta que hace su obra tan peculiar, y que, paradójicamente, no es más que una consecuencia de las condiciones tan poco favorables en las que se desarrolló su vida. Así, el 3 de enero de 1912 anota en su diario:

En mí se puede encontrar perfectamente la concentración necesaria para escribir. Cuando en mi organismo se hizo evidente que la literatura era la manifestación más productiva de mi personalidad, todo tendió a ella y dejó vacías todas las facultades que se orientaban hacia los placeres del sexo, de la comida, de la bebida, de

la meditación filosófica, y principalmente de la música. Me atrofié en todos los aspectos. Esto fue necesario porque mis energías, en su totalidad, eran tan escasas que únicamente reunidas podían ser medianamente utilizables para la finalidad de escribir. Naturalmente, no di con esta finalidad de un modo autónomo y consciente; fue ella la que se encontró a sí misma y ahora se ve obstaculizada, únicamente, pero de un modo radical, por la oficina.

Esta actividad en la oficina era un mal necesario, pues Kafka era consciente de que jamás podría vivir de sus trabajos literarios; por ello

precisamente se había decidido por realizar unos estudios que le permitieran una subsistencia digna y, tras algunos escauceos con la química, había concentrado sus esfuerzos en la jurisprudencia, no tanto por presión de su padre, sino con la idea de que un trabajo en este campo le dejaría tiempo suficiente para la escritura. Efectivamente, en su vida profesional Kafka llegó a demostrar amplias capacidades y, a pesar de sus reiteradas bajas por enfermedad, consiguió varios ascensos a lo largo de su carrera, debido seguramente a la calidad de sus informes y de sus inspecciones de trabajo para el Instituto de Seguros de

Accidentes de Trabajo del Reino de Bohemia, un puesto con un horario de ocho a dos que le dejaba tiempo suficiente para leer y escribir. Es evidente también que el ejercicio de la redacción de estos informes influyó en el tono de neutralidad que supo infundir posteriormente a toda su obra y que, al excluir cualquier manifestación de sensiblería, hace que el trasfondo biográfico de la misma no logre nunca salir a la luz. El resto del día lo pasaba siguiendo un plan muy estricto: almorzar, leer la prensa, poner al día la correspondencia, dormir unas horas, pasear, cenar con la familia y, a partir de las diez de la noche, escribir hasta que

aguantaran sus fuerzas. Esta «vida de maniobras», como él mismo la denominó en sus cartas a Felice y a Milena, dos de las mujeres de su vida, lo llevaba a menudo hasta la extenuación y, a la larga, se demostraría casi como imposible, tal y como le manifestó al doctor Rudolf Steiner con ocasión de una de sus visitas a Praga, donde había sido invitado a impartir una serie de conferencias de contenido teosófico:

[...] mi felicidad, mis aptitudes y cualquier posibilidad de ser útil en algún aspecto residen desde siempre en lo literario. [...] O sea, que no puedo entregarme completamente a este trabajo

literario, como debería ser, y no puedo hacerlo así por razones diversas. Al margen de mis relaciones familiares, yo no podría vivir de la literatura a causa de la larga gestación de mis trabajos y de su carácter insólito; además, mi salud y mi carácter me impiden asimismo entregarme a una vida que, en el mejor de los casos, sería incierta. Por ello soy funcionario de un organismo de seguros sociales. Pero resulta que estas dos profesiones nunca pueden tolerarse entre sí ni dar lugar a una feliz convivencia. La menor suerte en una de ellas viene a convertirse en una gran desgracia en la otra. Si una noche he escrito algo bueno, lo quemo al día siguiente en la oficina y no puedo acabar nada. Este ir y

venir es cada vez más desagradable. En la oficina cumplo con mis obligaciones externas, pero no con mis obligaciones internas, y toda obligación interna no cumplida se convierte en una desdicha que ya no se aparta de mí.

Las consecuencias de este conflicto entre las obligaciones externas y las internas se reducían en realidad al continuo sentimiento de culpabilidad que tuvo siempre respecto de su familia y que quedó plasmado de forma extraordinaria en *La metamorfosis*. Seguramente por ello fracasaron todos sus intentos de contraer matrimonio, fundar una familia y tener hijos, pues

renunciar a su vida de soltero era para él tanto como traicionar a la literatura, en la que él veía su único destino, tal como escribe en 1914:

La vida de funcionario podría ser buena para mí si estuviese casado. Me ofrecería un buen respaldo en todos los sentidos, frente a la sociedad, frente a la esposa, frente a la literatura, sin exigir demasiados sacrificios y sin degenerar por otra parte en una vida comodona y carente de independencia; porque, estando casado, no tendría que temer semejante cosa. Pero, como soltero, no puedo llevar a buen fin una vida así. [...] Desde el punto de vista de la literatura, mi destino es muy simple. El sentido de la

descripción de mi ensoñadora vida interior ha desplazado todo lo demás al terreno de lo accesorio y se ha atrofiado de un modo terrible, y no cesa de atrofiarse. Nada más podrá satisfacerme nunca.

Este pasaje de los diarios resulta decisivo para poder comprender la producción literaria de Kafka en su conjunto, pues pone de manifiesto de manera muy clara las dudas que siempre albergó tanto respecto de sí mismo como de todos y cada uno de sus textos literarios. La descripción de su «ensoñadora vida interior» fue siempre un hecho imprevisible, incalculable, que para él sólo acontecía rara vez, pero

que, sin embargo, podemos leer en todas y cada una de sus obras. Es evidente que, sin percibirlo, Kafka tuvo muchos momentos afortunados en los que se dio esa asociación perfecta entre su «ensoñadora vida interior» y su lenguaje, aunque también fueron muchas las ocasiones en las que él mismo constató un fracaso total. Aun con todo, y a pesar de sus constantes inseguridades, Kafka consideró algunas de sus narraciones más tempranas como dignas de ser publicadas. Entre ellas se cuentan *Primeras penas*, *Una mujercita*, *Un artista del hambre* y *Josefina la cantante*; el resto de relatos, incluida la novela fragmentaria *El castillo*, debía

ser destruido junto con todo lo que quedara de sus primeros años. Kafka le pidió a su amigo Max Brod que se encargase de ello en dos notas manuscritas que se encontraron entre sus papeles tras su muerte, una de las cuales le había mostrado al amigo en el curso de una conversación. Brod se había negado tajantemente y, como tras esta negativa Kafka no designara a ningún otro albacea, Brod se atribuyó el derecho a conservar el legado de su amigo, puesto que él tampoco lo había destruido y así, tras editar primero una serie de volúmenes aislados, comenzó en 1935 la publicación de sus *Obras completas*. En la segunda disposición

testamentaria, no obstante, Kafka había ido incluso más lejos, pues en ella sostenía que si las pocas obras que consideraba como acabadas y publicables (*La condena*, *El fogonero*, *En la colonia penitenciaria*, *Un médico rural* y *Un artista del hambre*) se perdieran, no pasaría absolutamente nada, pues respondería a sus propios deseos, una muestra más de rigurosidad que no debe entenderse en ningún caso como una falsa modestia, sino como una evidente insatisfacción con todo lo que salía de su pluma. Entre ellas, y esto es algo poco sabido, se encontraba también *La metamorfosis*.

Publicada en octubre de 1915 en la

revista *Die Weissen Blätter* (*Las hojas blancas*) editada por René Schickele, *La metamorfosis* es el relato más largo del conjunto de la producción kafkiana y con el tiempo el que seguramente se ha hecho más famoso. El propósito del autor al iniciar la redacción del texto en noviembre de 1912 era, no obstante, el de escribir algo breve que fuera capaz de liberarlo del desasosiego interno que sentía por no poder avanzar en la composición de una novela: *América*. Debía ser únicamente, por tanto, una breve interrupción de este trabajo con la que daría forma al dolor que había sentido mientras estaba en la cama sin poder conciliar el sueño, tal como

escribe el 17 de noviembre de ese año a la berlinesa Felice Bauer, a quien había conocido el 13 de agosto en casa de su amigo Max Brod en Praga y con la que llegaría a prometerse incluso en dos ocasiones: «[...] tengo que escribir un cuento que me ha venido a la mente en la cama en plena aflicción, y que me asedia desde lo más hondo de mí mismo». Pero el cuento, poco a poco y sin él quererlo, va cobrando otras dimensiones, pues «calladamente está empezando a crecer y a convertirse en una historia de más envergadura» que llegó a tener prácticamente el formato de una novela corta. Kafka esperaba ponerle fin en una noche, de un tirón, tal como había

ocurrido con *La condena*, pero las obligaciones laborales unidas a las familiares no le permitieron avanzar de la forma deseada. Día tras día comunica en sus cartas a Felice sus progresos en la redacción del texto que, para su disgusto, se ve interrumpida más de lo deseado. La necesidad de alargar el relato y escribir una segunda parte se hace evidente en torno al 21 de noviembre, a causa de una serie de acontecimientos relacionados directamente con las vivencias de aquellos días en el seno de su familia y en su relación con Felice. Pero era sobre todo esto último, el temor a no recibir cartas de ésta, en un momento en

que la correspondencia se había hecho tan intensa que incluso se enviaban hasta dos cartas diarias, lo que le impedía trabajar con rigor en el texto. Y así, la breve pesadilla de la metamorfosis de Gregor Samsa, pues su transformación es, evidentemente, una metamorfosis de castigo que, como todas, lleva implícito un cambio físico de ser humano en animal, se convirtió en un drama en tres partes, que se extiende a lo largo de varios meses en la vida de la familia. Como en todas las metamorfosis de castigo, aunque en este caso sin saber por qué, el personaje se ve transformado en algo diferente por una serie de fuerzas externas como consecuencia de

una mala actuación por su parte, debido a la cual ha contravenido una norma. En el caso de Gregor, la metamorfosis, que está narrada desde el punto de vista del propio protagonista, que percibe la visión que los demás tienen de él como bien diferente a la suya propia, tiene un origen que el lector comprende ya casi desde el primer momento, pues su transformación viene propiciada por la intransigencia del mundo laboral, por las carencias del sistema familiar, por su inconformidad con el destino y por un terrible miedo al futuro. O lo que es lo mismo, por la problemática de un yo escindido y de su integración en la sociedad.

El propio Kafka consideró la historia siempre como «un poco terrorífica», tal como confesó también a Felice el 23 de noviembre y, para aclararlo, escribe al día siguiente: «[...] pero qué extremadamente repulsiva es la historia que acabo de hacer a un lado para recuperarme pensando en ti. [...] en conjunto no estoy descontento con ella, pero en cuanto a nauseabunda, lo es de un modo ilimitado, y cosas como ésas, ¿te das cuenta?, provienen del mismo corazón en el que tú habitas y toleras como morada». La parte negativa de esta autocrítica no concierne al aspecto literario y artístico del relato, sino a la configuración realista y

opresiva de un motivo que forma parte del acervo cultural europeo desde la Antigüedad clásica hasta nuestros días, preservado en múltiples formas en la cuentística popular. Al contrario, no obstante, de lo que aquí suele suceder, Gregor no recuperará al final su forma humana, sino que perecerá debido a su metamorfosis, convirtiéndose su historia, por tanto, en el anticuento de los cuentos. En cualquier caso, la insatisfacción con el texto no terminó con la publicación de la obra, sino que se mantuvo, e incluso aumentó, con el paso del tiempo: «Gran aversión hacia *La metamorfosis*. Final ilegible. Imperfecta casi en su misma base.

Habría resultado mucho mejor si entonces no me hubiese interrumpido el viaje de negocios». Así escribe en su diario el 19 de enero de 1914, dejando constancia de lo poco que le gustan los viajes, exactamente igual que a Gregor Samsa. Es probable que su insatisfacción con el relato se debiera a dos cuestiones bien diferenciadas: por un lado, el cambio de perspectiva narrativa que provoca la muerte de Gregor y, por otro, la transformación, no excesivamente convincente, de la bondadosa hermana en una mujer fría y calculadora.

Esta última cuestión nos introduce de lleno en los muchos paralelismos que

pueden encontrarse entre la historia de Gregor y la vida cotidiana del autor, empezando por el propio nombre del protagonista, Samsa, un criptograma de Kafka. A pesar de que él mismo no estuviera de acuerdo con esta interpretación del también escritor Gustav Janouch, a quien Kafka frecuentó a partir de 1920, sí que le confesó que *La metamorfosis* era desde todo punto de vista una «indiscreción». Y si Gregor Samsa no es, aunque sí es en cierto modo, Franz Kafka, otro tanto ocurre con el binomio Grete Samsa y Ottilia Kafka, la hermana menor del autor. El 7 de octubre de 1912, un año marcado no sólo por las crisis personales, sino

también por una crisis económica generalizada que dificultó en buena medida la subsistencia del negocio familiar, Kafka tuvo que ver cómo Ottla, que siempre había estado de su parte, cambiaba de opinión y se ponía de parte de los padres en un asunto de envergadura familiar: la fábrica de amianto que él mismo había fundado a finales del año anterior junto con su cuñado Karl Hermann. Al igual que los padres, Ottla opinaba que su hermano debía estar allí por las tardes para ayudar en la supervisión de la empresa, es decir, que valoraba el trabajo en la fábrica por encima del trabajo literario que Kafka, por lo general, se veía

siempre incapaz de llevar a cabo según sus deseos debido al exceso de carga laboral en el Instituto de Seguros y a su débil constitución física. Esta postura de Otla fue para él como una traición que lo llevó a intentar suicidarse esa misma noche. A la mañana siguiente escribió a Max Brod que Otla le había abandonado sin saber por qué, un interrogante que se planteaba también ante las reacciones de Felice a sus cartas, que ésta calificaba de «extrañas». Es evidente que esta situación es la que se esconde tras el final de *La metamorfosis*, pues el cambio de postura de Grete respecto de Gregor coincide plenamente con el de

Ottla respecto de Franz. Y además, el paralelismo entre la situación familiar y la amorosa (Kafka se sentía también abandonado por Felice, puesto que no había recibido correspondencia suya en un par de días) es indiscutible, hasta el extremo de sentirse absolutamente abandonado por las únicas dos mujeres que suponían algo en su vida: «Verdaderamente, que si estuviéramos separados por continentes y tú vivieras en algún lugar de Asia, no podríamos estar más alejados uno de otro», escribe a Felice el 17 de noviembre, justo dos días después de haber recibido su tan ansiada misiva.

No obstante, la correspondencia

mantenida entre ambos hermanos transmite una imagen de su relación que difiere un tanto de la descrita en el relato. En éste, el autor hace que los acontecimientos cobren el peor de los giros posibles, de manera que la retrometamorfosis con que suelen finalizar los cuentos en modo alguno podría aquí tener lugar sin una hermana dispuesta a sacrificarse por él. Y ello porque el motivo tradicional al que responde este tipo de cuentos no cuadra en absoluto con la visión descarnada con la que se describe aquí la vida familiar de Gregor. A Gregor no le queda más remedio que, una vez aceptada su condición, desaparecer para

ahorrarle a su familia algo mucho peor de lo que ha vivido hasta entonces. Tanto los padres como la hermana reaccionan con normalidad ante el hecho e incluso dan gracias a Dios por ese final. Gregor muere aceptando en cierto modo la actitud de su familia, sin guardarles rencor por el comportamiento que ahora todos, incluso Grete con mayor dureza incluso que los padres, tienen frente a él. De ahí que Kafka interprete el final de su relato en los siguientes términos cuando escribe a Felice la noche del 5 de diciembre de 1912: «Llora, mi amor, llora, ¡ha llegado el momento de llorar! El héroe de mi cuento ha muerto hace un rato. Si

ello te consuela, te diré que ha muerto bastante apaciblemente y reconciliado con todos».

Pero no son éstos los únicos elementos que responden a la biografía del autor. En el momento de la redacción del relato la crisis económica que vivía el país había tenido como consecuencia una drástica reducción de los ingresos de la familia, que se mantenía en buena medida gracias al salario de Kafka en el Instituto de Seguros. Las reflexiones respecto de la situación de la familia y la imposibilidad de vivir exclusivamente de la literatura, hecho que lo llevaría a convertirse en una carga para sus padres y su hermana,

fueron la causa por la que Kafka no abandonó su puesto de trabajo durante los años de la guerra, a pesar de su ferviente deseo de hacerlo, pues en ese caso se habría visto abocado a depender para siempre del mundo del padre que él tanto odiaba. Esta situación es precisamente el punto de partida del relato: el hijo varón es el encargado de mantener a la familia tras la quiebra del negocio familiar. Gregor desea fervientemente que llegue el momento en que la deuda de su padre con su jefe quede saldada para poder poner fin así a su relación laboral con él. Durante el periodo de su metamorfosis, apenas intercambia una palabra con los

miembros de su familia, algo que ocurría también en la realidad: con el padre únicamente se saludaba, con la madre no cruzaba ni veinte palabras al día, a pesar de que anhelaba un mayor contacto con ella, como el que había tenido de pequeño cuando estaba enfermo; con sus hermanas Elli y Valli no tenía contacto alguno, pues no vivían ya en casa, y el cambio de opinión de Ottla respecto a su dedicación en la fábrica tuvo también como consecuencia una menor relación con ella, a pesar de que Kafka, al igual que Gregor con las clases del conservatorio, tenía intención de sufragar la formación de Ottla en la Escuela Forestal. Kafka se veía, pues,

como una auténtica desgracia para su familia, algo que también le sucede a Gregor. El 29 de diciembre escribe a Felice: «La verdad es que la concordia familiar sólo se ve perturbada por mí, y conforme pasan los años de modo cada vez más grave, con gran frecuencia no sé qué hacer ni qué pensar, y me siento profundamente culpable ante mis padres y ante todo el mundo».

Por aquel entonces también la familia Kafka se componía de cuatro miembros (padre, madre, hermana y hermano) y tenía dos criadas, de una de las cuales, la que antaño había trabajado como institutriz de los niños, describe a Felice el 8 de noviembre una imagen

que aparecería en la obra con características muy similares: «Por la mañana me desperté más temprano que de costumbre, pues nuestra señorita irrumpió en la casa trayendo en forma de grito, de lo que a mí, medio dormido, me pareció ni más ni menos que un grito de madre, la noticia de que mi hermana había dado a luz una niña poco después de medianoche». El mobiliario y la estructura de la casa en la que tiene lugar la metamorfosis son prácticamente idénticos a la vivienda de la Niklasstrasse, en la que residía la familia en aquellos años, y en la habitación de Gregor, que coincidía en efecto con la de Kafka (una zona de paso

convertida en dormitorio, de ahí las tres puertas), el mueble más importante y al que Gregor se aferra hasta el final no podía ser otro sino el escritorio.

Cuando en 1915 el editor Kurt Wolff preparaba la edición en formato de libro de *La metamorfosis*, Kafka, tras haber revisado ya las pruebas y haberlas enviado de vuelta a la editorial, se asustó de repente al pensar que tal vez al ilustrador, Ottomar Starke, pudiera ocurrírsele la idea de dibujar el insecto para la portada: «¡Esto no, por favor! No quisiera reducir su poder de influencia, sino sólo exponer un deseo, debido a mi evidente mejor conocimiento de la historia. El insecto

mismo no puede ser dibujado. Ni siquiera puede ser mostrado desde lejos», escribe el 25 de octubre al editor. Y ello seguramente porque lo que Kafka ha convertido aquí en la imagen poético-literaria de un «monstruoso bicho» es ni más ni menos una realidad intangible, un pedazo de su «ensoñadora vida interior», cuya descripción sólo podía ocurrir renunciando a una vida laboral y familiar normal. La deformación en ese «monstruoso bicho» deja patente lo que un hombre como Franz Kafka fue capaz de hacerse a sí mismo para convertirse en ese escritor que, todavía a día de hoy, repele y fascina a sus lectores a un mismo tiempo

con su, en palabras de Fernando Bermejo, «despiadada lección de lucidez».

Isabel Hernández
Hervás, 2014

«**No importa** cuántas veces penetre uno en este libro; al final siempre se pregunta lo mismo: ¿Cómo lo ha hecho? Y es que se trata de una novela sin forro. Quiero decir con ello que le das la vuelta y es exactamente igual por un lado que por otro: ni siquiera es fácil advertir, una vez colocada del revés, esa fina cicatriz que en los calcetines delata si se encuentran de uno u otro lado. No hay forma de verle las costuras. [...] La simpleza aparente del relato es tal que si uno va levantando capas de materiales narrativos en busca del motor primordial, cuando levanta el último velo no hay nada detrás. Nada. En eso, curiosamente, *La metamorfosis* nos recuerda a la vida.»

JUAN JOSÉ MILLÁS





FRANZ KAFKA (Praga, 1883 - Kierling, Austria, 1924). Escritor checo en lengua alemana. Nacido en el seno de una familia de comerciantes judíos, Franz Kafka se formó en un ambiente cultural alemán, y se doctoró en Derecho. Pronto empezó a interesarse por la mística y la religión judías, que

ejercieron sobre él una notable influencia.

Su obra, que nos ha llegado en contra de su voluntad expresa, pues ordenó a su íntimo amigo y consejero literario Max Brod que, a su muerte, quemara todos sus manuscritos, constituye una de las cumbres de la literatura alemana y se cuenta entre las más influyentes e innovadoras del siglo XX.

En 1913, el editor Rowohlt accedió a publicar su primer libro, *Meditaciones*, que reunía extractos de su diario personal, pequeños fragmentos en prosa de una inquietud espiritual penetrante y un estilo profundamente innovador, a la

vez lírico, dramático y melodioso. Sin embargo, el libro pasó desapercibido; los siguientes tampoco obtendrían ningún éxito fuera de un círculo íntimo de amigos y admiradores incondicionales.

Entre 1913 y 1919 Franz Kafka escribió *El proceso*, *La metamorfosis* y *La condena* y publicó *El fogonero*, que incorporaría más adelante a su novela *América*, *En la colonia penitenciaria* y el volumen de relatos *Un médico rural*.